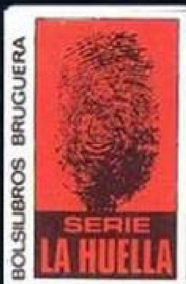


Lou Carrigan

PROFESOR DE SINVERGUENZAS


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

PROFESOR DE SIVERGÜENZAS

Colección LA HUELLA n.° 26
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 10961-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: mayo, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Lo ponía bien claro en aquel pequeño y artístico cartelito colgado a un lado del gran portalón:

CARLO CARLETTI — Profesor de sinvergüenzas

La anciana que hacía unos segundos había despedido el taxi muy cerca de allí, estuvo largo rato contemplando este interesante cartelito. Evidentemente, vacilaba. Dirigía miradas hacia el interior del edificio viejo y destartalado, volvía, a mirar el cartelito, de nuevo hacia el gran patio Interior…

Arriba, en la galería, la puerta de uno de los pisos que daban a ella batió fuertemente; en los peldaños de piedra repicaron velozmente unos zapatos…, y una muchacha muy joven, de largos cabellos negros y ojos brillantes apareció en el patio a toda velocidad. Se detuvo en seco al ver a la anciana, que a su vez la miraba fijamente. Por fin la bella muchacha llena de vitalidad frunció el ceño, y se acercó lentamente a la anciana, cuyo lugar, ciertamente, no parecía aquél. Tenía otro aire, otro… estilo, otro modo de vestir… Era una *signora*, claro.

—¿Busca a alguien? —preguntó la muchacha.

—Sí… Sí, sí… Al señor Carletti.

—¿A Carleto? —Casi rió—. Vive en la segunda puerta. Mire, ahí hay un cartel que lo indica, ¿ve?

—¿Para qué busca usted a Carlo? —Parecía sorprendida de pronto la muchacha.

La anciana tan seriamente vestida, con aquel aire de señora, miró amablemente a la muchacha, a través de los redondos cristales de sus lentes. Tenía un rostro sonrosado, todavía con cierta belleza

en él, acentuado por la blancura de sus cabellos.

—Gracias —repitió.

Pulsó el timbre.

—¿Diga, señora?

—Quiero…, quisiera ver al señor Carletti…

—Está ocupado en estos momentos.

—Ah… Bueno, es tan urgente…

—Lo siento, pero está dando la clase de Historia.

La anciana quedó un instante boquiabierta.

—¿De… Historia? —balbuceó.

—Sí, claro. Y no se puede interrumpir al gran maestro Cuando está dando una clase. Lo siento. Si quiere volver más tarde…

—¿No podría… esperar a que terminase la clase?

El muchacho vaciló. Luego, acabó de abrir la puerta, haciendo un gesto de autorización. La anciana entró, y se encontró en el amplio y destartalado recibidor. De un solo vistazo captó tres letreritos colgados de la pared, que decían; respectivamente:

> «Aprende a mentir, o te cortarán el cuello con tus mentiras».
>
> «Si aprendes a robar, no es fácil que puedan robarte a ti».
>
> «Mañana puedes estar en la cárcel si hoy no aprendes bien las lecciones».

Había más cartelitos, pero la dama tuvo que ver los gestos del muchacho, que señalaba hacia interior del piso. Cruzaron un umbral, y se encontraron en la entrada de una gran sala en la que había mesas y sillas colocadas más o menos como podrían colocarse en una clase escolar, aunque sin simetría alguna. Mesas viejas, todas diferentes; sillas cojas, algún sillón… Todo estaba lleno de humo de tabaco. Unas cuantas cabezas se habían vuelto hacia la puerta. Al fondo, en la pared, se veía una gran pizarra que tenía algo escrito hasta la mitad. Junto a la pizarra, un hombre, de pie, también mirando hacia la puerta.

Un hombre que, por el momento, la visitante tuvo que conformarse con ver un tanto confusamente, debido al humo de los

cigarrillos, y, sobre todo, al resplandor del sol, que la cegaba parcialmente.

—¿Quién es Tomaso? —preguntó aquel hombre.

Tenía una voz muy, muy agradable. Y ciertamente, no parecía molesto ni irritado.

—No sé, Carlo… Dice que tiene que hablar contigo urgentemente.

—¿Puede esperar un par de minutos?

—Sí, sí —dijo la anciana—. Puedo esperarle, señor Carletti.

—Gracias. Bien, muchachos, prosigamos con la clase de Historia. Estábamos en que, cuando Italia se hallaba dividida en reinos que…

Los alumnos se pusieron en pie, y la anciana se sobresaltó.

—Venga por aquí, señora —oyó la voz agradable de Carlo.

Estaba claro que la clase había terminado. La anciana se acercó a Carlo Carletti, que señaló una puerta que había en el fondo de la clase. Salieron a un pasillo, y Carlo abrió la puerta, señalando hacia dentro. La anciana entró, mirando a todos lados. Aquello era el caos, algo indescriptible. Podía resumirse diciendo que parecía un despacho lleno de libros, con una máquina de escribir, una lámpara de pie, una mesa llena de botellas, y dos sillones.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

Carlo quitó algunos libros de uno de los sillones, los dejó caer al suelo, e hizo lo mismo con los que había en el otro sillón. Se sentó él allí, y se quedó mirando fijamente a la anciana, con no poca curiosidad y expectación.

—¿Viene usted a inscribirse? —preguntó.

La anciana no comprendió, de momento.

—¿Qué…?

—Que si viene a matricularse como alumna mía.

—¿Qué…, qué…, qué…?

—Señora —sonrió irónicamente Carlo Carletti—: le estoy preguntando si quiere usted ser una sinvergüenza.

—¿Yo…? ¡Oh, Dios mío, claro que no…! ¡No!

—Pues es una lástima, porque usted tiene buena facha… ¿En qué puedo servirla? Por cierto, no compro nada, absolutamente nada: me encuentro sin una lira.

La anciana asintió, abrió su bolso, y sacó un sobre, que tendió a

Carletti. Éste lo tomó, lo abrió, y sacó de su interior un enorme fajo de billetes. Los hizo pasar entre sus dedos, miró a la anciana, y murmuró:

—Unas quinientas mil liras. ¿Me las regala? —sonrió.

—Se las pago por un trabajo, señor Carletti…

—Sea el trabajo que fuere, mi respuesta es afirmativa. Y en cuanto usted haya salido de aquí, la olvidaré, me quedaré con las quinientas mil liras, y, por supuesto, no haré el trabajo. Buenos días, señora.

—¿Quiere decir que se queda mi dinero y me echa de aquí?

—Claro. Jamás en mi vida había ganado tan fácilmente una cantidad como ésta.

La anciana parecía asustada, pero, de pronto, sonrió.

—Sé que usted no hará eso, señor Carletti.

—¡Sapristi! ¿Y por qué no? Tengo todas las de ganar, porque en primer lugar, usted no va a ir a la policía a decirle que me he quedado un dinero con el que pensaba pagarme alguna sinvergonzada. Y en segundo lugar, soy mucho más fuerte que usted, así que no veo cómo puede impedir que me quede con el dinero.

—Tenía entendido que era usted un sinvergüenza…, pero con clase, señor Carletti.

Carlo Carletti puso los ojos en blanco, como en éxtasis.

—Ha llegado usted a lo más profundo de mi corazón. ¿Qué tendría que hacer para quedarme este dinero… y que usted continuase considerándome un sinvergüenza con clase?

—Robar un bolso.

—¿Qué?

—Robar un bolso a una muchacha.

—Maldita sea mi estampa… ¿Tengo yo cara de ratero? ¡Robar un bolso a una muchacha…! ¿Y eso sería tener clase, según usted?

—Hay muchas maneras de hacer las cosas, señor Carletti… Y la clase se demuestra según se hagan esas cosas. Pero, además, yo entiendo por clase el… comportamiento general de una persona. Podría haber recurrido a cualquier ratero, pero le he elegido a usted porque según parece es el mejor sinvergüenza de todos… De todos los sinvergüenzas, no de todos los rateros, entiéndame. Y cuando alguien llega a ser el mejor en algo, no cabe duda: tiene clase. Y

tener clase significa cumplir los compromisos.

—¿Qué compromiso?

—Entregarme a mi el bolso, que robará a esa muchacha, no quedárselo usted. Se entiende, el bolso con su contenido.

—¿Y qué contenido es ése? ¿Los planos de la Bomba H…?

—No —rió la anciana—. ¡Claro que no! Pero no me pregunte más, porque no se lo diré. Usted roba el bolso, se viene aquí, me espera, y cuando yo venga a recogerlo, me lo entrega. Eso será todo.

—¿Quiere decir que no hay riesgos… especiales?

—Por supuesto que no.

—¿Y me paga medio millón de liras por eso?

—Sí. ¿Puede hacerlo?

Carlo Carletti dirigió una mirada simpáticamente torva a la anciana.

—Me está usted ofendiendo, señora. ¡Preguntarle a Carlo Carletti si puede robar un bolso…! Sepa usted que yo podría robarle un diente de oro a un gitano sin que él se diera cuenta.

—Entonces —rió la anciana— le será muy fácil robar un bolso, ¿no?

—Tan fácil que no acepto: no tengo el menor interés por desprestigiarme. Sin embargo, me quedaré su dinero… Sólo como depósito, mientras pienso si acepto o no acepto el trabajo.

—Es urgente… ¿Cuánto tiempo va a estar pensándolo?

—Oh, unos… noventa años. Pase por aquí dentro de ese tiempo, y le daré mi respuesta. ¿Quiere un recibo?

—Es usted muy simpático, señor Carletti.

—Muy amable. Pero, mire, ahora mismo no se me ocurre ningún chiste que contarle…

—¿Quiere que le cuente yo uno? —propuso la anciana.

—¿Usted?

—Claro. ¿O acaso una dama no puede contar un chiste?

—¿Es… picante? Verde, ya sabe…

—Santo cielo, claro que no, señor Carletti. Es un chiste muy decente y muy gracioso.

—Cuente, cuente —relucieron los ojos de Carlo.

—Pues verá… Hay un hombre que está esperando en el pasillo de una clínica, delante de la sala de maternidad. Fuma que fuma, pasea que pasea, nervioso el hombre… De pronto, aparece el

médico y se acerca a él, con cara de circunstancias…

«—Amigo mío —de dice el médico al hombre—: ya es usted padre.

»El hombre lanza unas exclamaciones de alegría, pregunta si su esposa está bien, acribilla a preguntas al médico… Finalmente, como es lógico, dice que le gustaría ver a la criatura recién nacida. "—Bueno —vacila el médico—. Verá usted, es que… la criatura ha nacido un poco… rara". —¿Rara, doctor? ¿Qué quiere decir?

»—Pues… ha nacido sin brazos.

»—¡Dios mío…! Bueno, es igual, ¡es hijo mío! ¡Quiero verlo!

»—Es que… Bueno… Aún hay algo más: ha nacido sin piernas.

»—¡Sin piernas! ¡Los cielos me valgan…! Pero no importa, es hijo mío, así que quiero verlo cuanto antes…

»—Es que… Vaya, creo que debo decírselo, amigo mío: su hijo ha nacido sin ojos.

»—¡Santa Lucía se apiade de nosotros! ¡Pobre hijo mío, sin ojos…! Pero no importa, no importa… ¡Quiero verlo!

»El médico todavía vacila, pero por fin, vuelve a entrar en la sala de maternidad, y al poco sale acompañado de una enfermera que lleva en brazos la criatura, envuelta profusamente en pañales… La pone en brazos del padre, y éste, asombrado, se queda mirando la extraña criatura, que no es otra cosa que una gigantesca oreja… Pero no importa, porque es hijo suyo. Así que la aprieta contra su pecho, y meciéndose, murmura:

»—Hijo mío, hijo mío, hijo mío…

»—Grite más —le dice el médico—: es sordo.

Carlo Carletti permaneció inmóvil, mirando inexpresivamente a la anciana durante unos segundos. Luego, poco a poco, su rostro fue enrojeciendo, y por fin sus facciones se distendieron al soltar la carcajada, mientras comenzaba a darse palmadas en los muslos, contemplado por la sonriente anciana. Quiso hablar, pero de su pecho sólo brotaron unos agudos hipidos y silbidos…

—¿Le ha gustado? —preguntó la anciana.

Era una pregunta tonta, al parecer, porque Carlo se estaba ahogando de risa. Se pasó las manos por la cara, retirando las lágrimas provocadas por la risa. Luego, se llevó las manos al estómago, que comenzaba a dolerle… Y en ese mismo instante, afuera se oyeron voces, pisadas precipitadas, una seca orden…

Un instante después, la puerta de lo que debía ser un despacho se abría violentamente, y un hombre bajo y grueso, de gran cabeza y enormes orejas, entraba como una tromba, agitando el cartel que, poco antes, la anciana había estado contemplando en el portal, en el que se indicaba que Carlo Carletti era profesor de sinvergüenzas.

—¡Carlo Carletti! —aulló el hombre, agitando, el cartelito furiosamente—. ¡Has vuelto a poner el cartel en la entrada! ¡Y ya te dije que era la última vez que…! ¿Qué pasa? ¡No te rías de mí, o te voy a partir esa cara de sinvergüenza…!

—No se ríe de usted, señor —intervino la anciana—: es que le he contado un chiste.

El hombre bajo, grueso, de gran cabeza calva y grandes orejas, quedó un instante desconcertado. Luego, refunfuñó algo, y volvió a blandir el cartelito ante los ojos de Carlo, que se había quedado serio de pronto.

—¿Te advertí o no te advertí de que no volvieses a poner este maldito cartel? ¡Contesta! ¿Te advertí o no eso?

—Sí señor —asintió Carlo—. Me advirtió usted.

—Entonces…, ¿por qué demonios lo has vuelto a poner? ¡Por todos los santos. Carlo…! ¿No te das cuenta de que lo que me comprometes con esta tontería?

—¿Sabe lo que ha pasado? Es que…

—¡No quiero explicaciones…, que serían mentiras más grandes que el Vesubio! Sólo te diré una cosa —alzó una rodilla y golpeó contra ella el cartelito, partiéndolo en dos—: ¡si vuelves a poner este maldito cartel, te meto en la cárcel!

—No lo pondré más, señor inspector, palabra… ¿No va a meterme en la cárcel por está vez?

—¡Por esta vez, no, pero es la última que te advierto!

—Gracias… ¡Gracias, inspector! —Carlo se abrazó al hombre, emocionado, palmeándole la espalda—. Es usted una buena persona, lo sé…

—¡Quítame las manos de encima! —se desasió bruscamente el inspector—. ¡Y quedas advertido por última vez! Y otra cosa: si cuando vuelvo a entrar en tu casa, veo escrito en la pizarra algo sobre timos…

—¿Timos? ¿Hay escrito algo sobre timos en mi pizarra?

—¡El timo de la Historia! —vociferó el otro—. ¡Lo he visto

perfectamente!

—Santo cielo… ¡Pero si yo quería poner el tomo de la Historia! Estoy dando clases de Historia a los muchachos, para que escriban un tomo sobre las…

—¡Carlo…! —aulló, el inspector—. ¡Ya basta! ¡Quedas advertido por última vez!

Y tras sus últimos berridos, congestionado el rostro, el hombre salió del despacho, cerrando de un portazo que hizo estremecer las paredes y los cristales.

Carlo Carletti y la anciana se miraron. El primero lanzó un silbido de alivio, y movió la cabeza.

—Esta vez parecía mucho más enfadado…

—¿Quién es? —se interesó ella.

—Oh, pues… Bueno, el inspector Melli: un buen amigo. Yo comprendo que sea una provocación eso de poner ahí fuera que soy profesor de sinvergüenzas, pero cada uno debe cuidar su negocio, ¿no le parece? Qué cosa curiosa… Hace años que conozco al inspector Melli…, ¿y quiere creer que todavía no sé su nombre de pila? Vamos a ver…

Movió la mano derecha, mostrando la billetera que había mantenido oculta con gran habilidad. La abrió, retiró una tarjeta, y comenzó a leer, tranquilamente, bajo la desorbitada mirada de la anciana.

—Giovanni Melli… Giovanni… ¿Qué le parece? Inspector Giovanni Melli, de la…

—¿Le ha… robado usted… la cartera… a ese policía?

—¿Quién? —Se pasmó Carlo—. ¿Yo?

—¡Claro!

—Pues no sé… Es curioso que haya venido a parar a mi mano, ¿verdad? Y vea usted, señora: es cosa que me sucede con frecuencia. Abrazó a una persona, y luego, no sé cómo, resulta que tengo su billetero… Debo ser cleptómano, pobre de mí. Tenía un amigo que…

¡La puerta volvió a abrirse, llegando con espantosa violencia hasta la pared, donde rebotó haciendo retemblar todo de nuevo! El inspector Melli se adelantó, vio el billetero en manos de Carlo Carletti, y sus ojos parecieron ir a saltar de las órbitas, relucientes.

—¡Te he atrapado! —gritó—. ¡Vas a venir ahora mismo conmigo

a la cárcel, por haberme robado la cartera! ¡Y te esperan…!

—Oh, Dios mío, Dios mío —gimió Carlo, alzando los brazos como implorando la ayuda del cielo—. Pero ¿qué dice este hombre? ¡Que le he robado su billetero! ¿Cómo puede pensar…?

—¡La tienes en la mano! —aulló Melli.

—Ah… ¿Es de usted? Precisamente, acabo de encontrarla en el suelo, y me disponía a mirar si contenía alguna documentación, para devolverla a su dueño… ¿No es cierto, señora?

—Sí —dijo la anciana—. En efecto, estábamos comentando eso precisamente, inspector. Y ciertamente, estoy dispuesta a declararlo ante quien sea.

—¿Y usted quién es? —gritó una vez más Melli.

—Es mi abuela —dijo Carlo—: acaba de llegar de Venecia… Pero no en góndola. Creo que ha venido en avión… ¿Verdad, Nonna?

—Sí —sonrió dulcemente la anciana—. En avión, sí. Me dijeron que el mar estaba un poco picado, y no me atreví a navegar.

Giovanni Melli enrojeció. Enrojeció tanto, que comenzó a ponerse morado. De pronto, se guardó la billetera, dio media vuelta, y salió del despacho, cerrando cuidadosamente la puerta.

Carlo Carletti agitó una mano, preocupado.

—Caramba, esta vez sí que se ha enfadado… Pero no hay que preocuparse: lleva años enfadándose conmigo…

—¿Se ha fijado qué orejas tan grandes tiene el inspector? —deslizó la anciana—. Me pregunto si no será él el padre de la criatura del chiste.

Carlo volvió a sentarse, y de nuevo se golpeó los muslos con ambas manos, riendo.

—¡Es usted formidable, Nonna! —exclamó—. ¡Me; gustan las personas como usted!

—Entonces…, ¿robará ese bolso para mí?

—¡Claro qué sí! Dígame quién es la víctima, dónde…

—No le voy a decir nombres, ni a dar direcciones, señor Carletti. La… víctima, estará esta tarde, a las siete, en el Café Latino, en Vía Caracciolo… ¿Lo conoce?

—Desde luego.

—Usted tiene que estar allí cuando la muchacha llegue. Y debe robarle el bolso inmediatamente. Inmediatamente… ¿Comprende?

Ella llega, y usted, sin esperar a más, le roba el bolso y escapa.

—De acuerdo —Carlo miraba escrutadoramente a la anciana—. De acuerdo también en no saber nombres de nadie. Pero al menos, debo saber cómo es la víctima, ¿no le parece? ¿Quizá estará usted cerca para señalármela?

—No, no… ¡Imposible! Pero le he traído una fotografía, y espero que tendrá suficiente para identificarla cuando ella llegue al Café Latino.

—Si la fotografía es buena, sí —tendió la mano Carlo.

La anciana sacó la fotografía de su bolso, pareció vacilar un instante, y la tendió a Carlo, que, tras unos segundos más de mirar a la anciana a los ojos, bajó la mirada hacia la fotografía que tenía entre los dedos.

—¡Sapristi! —gritó.

—¿Qué pasa? —Se sobresaltó la anciana.

Carlo Carletti no creía lo que veían sus ojos. La muchacha estaba en bikini, y detrás de ella se veía una playa; muy al fondo, la silueta de un yate… Pero eso no importaba nada a Carlo. Cualquiera que mirase la fotografía dedicaría su atención exclusivamente a, aquella muchacha esbelta, de formas impecables, larga cabellera, ojos tan grandes y hermosos que parecía imposible, sonrisa angelical… Era la criatura más hermosa que Carlo Carletti había visto en su vida.

Tragó saliva, y devolvió la foto a la anciana, asintiendo con la cabeza.

—¿La recordará? —preguntó la anciana.

Carlo soltó un bufido.

—Diga más bien si podré olvidarla mientras viva… Por mi madre, señora…, ¿usted quiere robarle algo a este ángel?

La anciana bajó la mirada, y se puso en pie.

—¿Cuándo vengo a buscar el bolso? —susurró.

—A las ocho —también Carlo se puso en pie—. La acompañaré hasta la calle…

—No es necesario; gracias, señor Carletti.

—Como guste. Pero, ya que sale usted, ¿sería tan amable de —abrió un cajón de la mesa, y sacó un cartelito igual al que había roto el inspector Melli— colocar este cartel donde estaba el otro?

—Con mucho gusto —rió la anciana—. Hasta las ocho, señor Carletti.

—En punto —murmuró éste.

CAPÍTULO II

A las siete menos cinco minutos de la tarde, el encorvado anciano de blanca barba apareció por el Café Latino, en Vía Caracciolo.

Debían ser las siete en un punto cuando un taxi se detuvo delante de la terraza del Latino, y la joven del bikini se apeó segundos después, portando un gran bolso muy gracioso, adornado con grandes flores, colgando de uno de sus hombros, por medio de la larga correa de piel. Naturalmente, la muchacha de los grandes y maravillosos ojos no iba en bikini en esta ocasión, sino con un precioso vestidito de tarde, muy primaveral, haciendo juego con el bolso y los zapatitos. El resultado era terrible: aún estaba más bonita, más delicada, más angelical que en bikini.

—Claro —monologó el anciano—. Porque un bikini, al dejar tanta anatomía al descubierto, sólo provoca pensamientos de índole… agresiva. En cambio, así, esa nena parece un… un… un ángel, eso es todo. Pero no sabía qué fuese pelirroja… Claro: como la fotografía era en blanco y negro…

—Vamos allá —se dijo el anciano.

Metió la mano derecha en el bolsillo de aquel lado de la raída chaqueta, y caminó rápidamente al encuentro de la preciosa criatura, que miraba a todos lados, como buscando a alguien. Y en el preciso momento en que, desde una mesa, dos hombres le hacían una discreta seña, el anciano llegaba ante ella, cortándole el paso.

Fue visto y no visto.

La estupefacción fue general.

La muchacha despojada del bolso emitió un gritito de susto y de incredulidad. Se oyeron algunas exclamaciones más. Alguien gritó: ¡al ladrón! Y mientras tanto, los dos hombres que le habían hecho la seña a la muchacha se pusieron en pie como autómatas que

tuvieran la facultad de palidecer, y, en seguida, se lanzaron en pos del anciano…

El cual corría a una velocidad que habría hecho las delicias de un entrenador que buscase atletas para las Olimpíadas. A tal velocidad, que cuando dobló la siguiente esquina, los dos hombres apenas habían conseguido abandonar la terraza del Latino… Y en cuanto dobló la esquina, entró en el primer portal.

Allí, en el portal, había un muchacho de unos dieciséis años, guapísimo, de brillantes cabellos ensortijados, que tenía a los pies una maleta. En cuanto vio aparecer al anciano, se inclinó, abrió la maleta, y dijo:

—Hola, Carlo.

—Hola, Gino.

El anciano tiró dentro de la maleta el bolso recién robado, y lo mismo hizo con la barba y la peluca blanca. La chaqueta raída tardó dos segundos en seguir a todo esto. Los pantalones fueron arrancados de un tirón que descosieron el cosido provisional por los lados, y también fueron a parar dentro de la maleta, que el muchacho cerró tras tender a Carlo Carletti una chaqueta deportiva, estupenda, muy elegante.

—Adiós, Carlo.

—Adiós, Gino.

Tiempo de la operación, cronómetro en mano: seis segundos y ocho décimas.

De modo que cuando Carlo Carletti salió del portal, Gino estaba a pocos pasos, y, precisamente, por la esquina aparecían los dos hombres a todo correr, desorbitada la expresión, mirando como enloquecidos a todos lados. Se detuvieron en seco, y uno de ellos jadeó:

—¡La madre… que lo… adquirió…! ¿Dónde se ha metido?

Tenían la mano derecha metida en el bolsillo de aquel lado del pantalón, y Gino tuvo que hacer un esfuerzo para no respingar al comprender lo qué significaba aquel gesto. Un gesto que encajaba perfectamente con la catadura de aquel par de sujetos…

—Oiga —le miró ferozmente el otro—. ¿Ha visto pasar por aquí a un viejo corriendo?

—¿Qué?

—¡Un viejo corriendo, con un bolso!

—No… Acabo de salir de casa, lo siento. No he…

Los dos hombres maldijeron ahora a la vez, y continuaron corriendo por aquella calle, transversal, pasando junto a Gino y dejándolo atrás inmediatamente. El muchacho volvió la cabeza, sonrió, y se llevó dos dedos a la sien, en jovial saludo, al que Carlo correspondió de modo idéntico.

Luego, tranquilamente, emprendió el regreso hacia el Café Latino. Cuando llegó a la terraza del café, la parroquia estaba excitada, comentando lo increíble del suceso. Algunas personas se habían acercado a la bellísima pelirroja, que estaba lívida como un cadáver, todavía en el mismo sitio, y le sugerían que había que llamar a la policía.

Carlo Carletti ocupó una mesa, encendió un cigarrillo, y clavó la mirada en la muchacha. Una mirada que habría sorprendido a la anciana que por la mañana le había hecho el encargo, pues ya no era amable, dulce, socarrona, ni nada parecido, sino sería, penetrante, escrutadora… diferente.

Un camarero se colocó ante Carlo, indiferente.

—¿Señor?

—Campari… ¿Qué ha pasado?

—Un ratero le ha arrebatado el bolso a esa señorita americana.

Carlo efectúo un veloz parpadeo.

—¿Es americana?

—Eso creo. Un Campari.

—Sí —musitó Carlo—. Sí, un Campari.

Se quedó mirando a la muchacha, que estaba negando a todo lo que le decían los excitados parroquianos del café, y consiguió librarse de su solicitud. Fue a la mesa que habían ocupado los dos hombres que, evidentemente, tenían pistolas, y se sentó. Estaba en verdad muy pálida…

«Una americana —pensó, Carlo—. ¿En qué lío me habré metido esta vez? Espero que valga la pena…».

Había tomado ya el primer sorbo de Campari cuando regresaron los dos sujetos malencarados, sofocados, y hosca la expresión. Replicaron bruscamente a las preguntas de los curiosos, y fueron a sentarse a la misma mesa, con la muchacha. Ella les miraba con los ojos muy abiertos… Estaba asustada. Asustadísima. Preguntó algo, y recibió una respuesta con evidentes malos modos. La muchacha se

llevó las manos a la mejilla, con un gesto de niña consternada y aterrada. Los tres quedaron silenciosos un instante. Luego, uno de los tipos comenzó a hablar, ahora más calmado, fríamente. Carlo miró el rostro de la bellísima pelirroja.

—Maldito matón… De buena gana te rompería la cara de chulo que tienes… —se dijo.

Estuvieron hablando quizá un minuto más. De pronto, los dos sujetos se pusieron en pie. Uno de ellos dijo todavía algo más, señalando a la muchacha con un dedo, en gesto de ultimátum. Carlo no oyó la respuesta de la muchacha, pero la adivinó por su gesto: «¿qué puedo hacer?», se lamentó la pelirroja.

Un gesto tajante de aquel individuo. Luego, los dos abandonaron la terraza, y se alejaron, cruzando la calle. Carlo se puso en pie, sin vacilar, dejando un billete sobre la mesita. Tenía que elegir entre seguir a la muchacha o a los dos matones, y se decidió por éstos.

Estaba ya fuera de la terraza cuando los vio meterse en un coche, un «Fiat 1430» de color azul oscuro. Muy bien. Conteniendo una sonrisa, Carlo fue hacia un taxi que estaba detenido cerca de allí, con el cartelito de Reservado, y se metió dentro.

El taxista volvió la cabeza, y le sonrió.

—Hola, Carlo.

—Hola, Filippo. Te vas detrás del coche de esos tipos.

—Sí, hombre. Oye, qué disgusto les has dado, ¿verdad? La chica está que se muere. ¿De qué va el negocio?

—No me vas a creer.

—Que sí, hombre. Carlo.

—Pues si me vas a creer, te lo diré: ni idea.

—Vaya… Bueno, ahí salen ésos. Y no me digas lo que tengo que hacer, ¿estamos?

—Bueno.

El taxi también se puso en marcha. Carlo volvió la cabeza, y a través del cristal zaguero del vehículo todavía pudo ver durante unos segundos a la muchacha, sentada allí, sola, como perdida en el mundo, abatida. Por supuesto, la impresión de Carlo era que había robado algo en verdad importante, no simple dinero. Bueno, no tardaría en saberlo, cuando fuese a casa de Gino, a buscar la maleta…

—Carlo —dijo de pronto el taxista Filippo—; tengo un

problema.

—¿Con el coche? —Se sobresaltó Carlo.

—No… No, hombre, descuida, a ésos no los pierdo… El problema es con mi suegra.

—¡Miau! Mal asunto… Pero quizá le encontremos alguna solución. ¿Cuál es ese problema?

—Pues verás… Hace más de un año que tengo a mi suegra en casa, ya sabes… Es una vieja bruja, maldita sea su estampa. ¿Quieres creer que para regodearme con mi mujer tengo que hacerlo de día?

—No comprendo.

—Que sí, hombre. La bruja se pasa las noches escuchando, y en cuanto oye algo, se pone a gritar, y dice que le duelen las tripas, o algo parecido. Como el apartamento es tan pequeño, se oye todo, y… ¡La vieja bruja! ¿Acaso no me casé con su hija por la iglesia y todo, como ella quería? ¡Pues tengo derecho a…! ¿No?

—Yo creo que sí —rió Carlo.

—Pues nada. Se pasa las noches vigilando. Así que tengo que dejar el trabajo a media mañana, cuando la bruja ha salido a comprar, y entonces visito a mi mujer, y… Pues eso. Y tengo que darme prisa, no sea que la bruja vuelva y nos encuentre en la cama… ¡Estoy hasta el tuétano de ella, te lo juro!

—Pero hombre, no te quejes —volvió a reír Carlo—. ¡Eso le da más emoción al asunto! Es como si tu mujer y tú fueseis amantes.

Filippo separó una mano del volante, la metió bajo la gorra, y se rascó los cabellos como seleccionándolos.

—Bueno —suspiró—. No deja de ser un punto de vista divertido, pero, la verdad, yo prefería hacerlo como antes, cuando la bruja se estaba tan quietecita en su casa de Avellino. Y he pensado: a ver si Carlo piensa alguna sinvergonzada para qué podamos conseguir que la bruja vuelva a su casa. ¿Qué dices, Carlo?

—Voy a pensar en ello.

—Pues yo me callo.

Carlo asintió, y se quedó mirando al exterior, pensativo. Estaban cruzando Santa Lucía. Poco después, pasaban por delante de Castel Nuovo, y enfilaban Corso Umberto, hasta la esquina con Corso Garibaldi, por la cual ascendieron, hacia Vía Poria… Desde allí, se veía el Vesubio, envuelto en una neblina vespertina que parecía

hecha con oro transparente… Cualquier día, el Vesubio se iba a tomar en serio eso de estar en erupción, y les iba a dar otro gran disgusto a los tercos napolitanos.

—¿Estás pensando, Carlo?

—¿Eh…? Hombre, claro. Pero si me interrumpes…

—Yo me callo.

—Bueno.

¿Qué había robado él, Carlo Carletti, aquella tarde? Claro que no debían ser los planos de la bomba H, pero… ¿qué podía ser, para que interviniesen dos tipos armados? Y la chica era americana… Sabido es que los americanos siempre se están metiendo en líos de toda clase. A Carlo no le gustaban los americanos, porque eran unos fanfarrones engreídos… Pero la pelirroja sí le gustaba. Le gustaba tanto que no podía olvidarla. Pensamiento aterrador: ¡se estaba enamorando de aquella muchacha! Pensamiento todavía más aterrador: ¿y si no volvía a verla jamás? Comenzó a arrepentirse de haber partido en pos de los dos chulos en lugar de esperar para seguir a la muchacha… ¿Qué demonios le importaban a él aquellos dos feos sujetos? En cambio, la chica de los cabellos rojos salpicados de diminutas estrellitas…

—Carlo.

—Maldita sea, Filippo… ¡Estoy pensando, hombre!

—Es que hemos llegado.

Cierto. El taxi se había detenido. Miró a Filippo, que señalaba hacia delante. El «Fiat 1430», se había detenido delante de una pequeña quinta, cuyo edificio constaba de dos plantas. Los dos sujetos se apearon, fueron hacia la casa, llamaron… Segundos después, la puerta era abierta, y los dos desaparecieron en el interior de la casa.

—Pasa por delante: quiero ver el número.

Pasaron por delante de la casa. Era el 218 de Vía Foria.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Filippo.

Carlo miró su reloj, y frunció el ceño.

—Tengo que estar a las ocho en casa —murmuró—. Llévame a casa de Gino, primero, para recoger aquello.

—Bueno.

Veinticinco minutos más tarde, el taxi se detenía en un punto lo más cercano posible al domicilio de Gino Spezato. Carlo se apeó, y

se adentró en el barrio, hasta llegar al bassi donde moraba el guapísimo Gino. Decían que los bassi eran viviendas para gente pobre, en los barrios populares, pero Carlo no estaba del todo de acuerdo con esto. A los napolitanos les gusta vivir así, a muchísimos de ellos, en un hacinamiento humano lleno de colorido, de intimidad. Un bassi puede ser a la vez vivienda y taller, o cualquier negocio, todo mezclado…

La señora Spezato estaba sentada en el portal, conversando con dos vecinas y fumando en pipa cuando apareció Carlo. La mujer alzó la pipa al verlo, y gritó:

—Carlo, Carlo, benvenutto, ¡mío caro…!

—Buenas tardes, señora Spezato…, Buenas tardes, señora Pumelli… Buenas tardes, señora Valdi… ¿Come vai?

—¡Molto bene! ¡Piacere…! —rieron las tres mujeres—. ¿Buscas alguna linda muchacha para, invitarla? ¿Eh? ¿Eh, Carlo?

—No, no —sonrió él—. He venido a ver a Gino. ¿Puedo pasar?

—Puedes pasar siempre —dijo la madre de Gino—. Pero ese hijo mío, ese sinvergüenza, no está en casa. Se fue esta mañana… Y sólo Dios sabe cuándo volverá.

—No, no… Lo he visto esta tarde, y hemos quedado citados aquí. Ya debería haber llegado.

—Pues no ha llegado. Pero si tú le dijiste que os encontraríais aquí, supongo qué vendrá. Saca una silla y siéntate, Carlo… ¿Quieres café?

—Preferiría Campari. Ya he empezado con eso.

Carlo entró en busca de una silla, y la sacó al exterior, sentándose tranquilamente entre las dos mujeres, que habían quedado solas mientras la señora Spezato iba a buscar el Campari. Regresó al poco, sirvió en una copa a Carlo, y éste, antes de beber el primer trago, contó el chiste de la criatura que era una oreja gigantesca y que además, era sorda. Mientras las mujeres reían hasta destornillarse, Carlo se bebió el Campari…, y estuvo mirando su reloj. Llegaron dos hombres, y una de las mujeres, la señora Valdi, les contó el chiste del niño que era una gran oreja sorda.

Diez minutos más tarde, delante del bassi de los Spezato se había organizado la gran juerga de risas y botellas de vino… Carlo miraba frecuentemente su reloj, y finalmente, tomó una decisión. Consiguió llegar hasta la madre de Gino.

—Señora, Spezato, tengo que marcharme… Cuando llegue Gino dígale que me lleve la maleta a mi casa, por favor. ¿Lo recordará?

—¡No puedes marcharte ahora, Carlo!

—Lo siento… Es importante, de verdad. Dígale eso a Gino.

Se alejó. Poco después, se metía en el taxi. Filippo volvió la cabeza, y preguntó:

—¿Y si la matase?

—¿A quién?

—A mi suegra.

—No digas barbaridades —mascullÓ Carlo—. Vamos a casa. Tengo que estar allí a las ocho en punto, y sólo faltan seis o siete minutos. ¿Podrás llegar, Filippo?

—Claro que sí… ¿Y si mi mujer y yo nos fuésemos a vivir a Roma, sin decírselo a mi suegra? ¿Eh? ¿Qué te parece?

—Os encontraría tarde o temprano. Yo voy a encontrarte una solución en el trayecto de aquí a casa.

—¡Vale!

Como quiera que no estaban muy lejos de Víale Lombardi, el preocupado Filippo pudo cumplir su palabra de llegar antes de las ocho. Quizá un minuto antes. Detuvo el coche ante la gran entrada en cuyo fondo se divisaba el patio, ya con luz eléctrica, y volvió la cabeza.

—¿Conoces a Teobaldi? —Se adelantó con su pregunta Carlo.

—¿Teobaldi? —Arqueó las cejas Filippo—. ¿Ese viejo asqueroso, mugriento, lleno de piojos, borrachín, y escandaloso que…?

—Ése. Vas a hacer una buena obra, Filippo: lo vas a instalar en tu casa.

—¡Claro que no! —aulló Filippo—. ¡Por nada del mundo haría eso, Carlo!

—¿Por nada? —sonrió Carlo.

—Bueno… Si tú me lo pides…

—Yo no. Tú lo éstas pidiendo. Y me voy a explicar, porque tengo prisa… Veamos: ¿qué te parece instalar al piojoso y borrachín de Teobaldi en tu casa cada vez que venga tu suegra a visitaros? Dices que no tiene hogar, que está solo… Y cada vez que tu suegra se invite en tu casa, tú invitas a Teobaldi. ¿Cuántas camas tienes en tu apartamento?

—Dos…

—Bueno. Una, para ti y para tu mujer. La otra, para tu suegra y para Teobaldi… No vas a permitir que un pobre viejo duerma en el suelo, ¿verdad? Le dices a tu suegra que es una obra de misericordia, y que debe dejarle un sitio en la cama a Teobaldi, que en ese aspecto es inofensivo. Y también tendrá que comer con él, y beber con él, y verlo a todas horas eructando y rascándose los piojos, y cantando y vomitando cuando se emborrache…, que es día sí y día sí… ¿Crees que tu suegra soportará eso?

Filippo, que tenía los ojos muy abiertos, lanzó de pronto un aullido de alegría.

—¡Carlo, eres el rey! —vociferó—. ¡Eres el rey de todos nosotros, el mejor, el…!

Pero Carlo Carletti, riendo, corría ya por el alargado portal, hacia el patio interior. Al llegar allá se detuvo en seco, al ver a Tomaso sentado en los escalones de piedra, rodeado de niños mocosos, que inmediatamente rodearon a Carlo gritando, riendo y pidiéndole liras.

—¿No ha venido? —preguntó Carlo, mientras repartía unos billetes.

—Todavía no.

—Bueno —Carlo miró su reloj—. Quizá yo vaya algo adelantado… Tengo que robar cualquier día de éstos un reloj mejor.

—¿Me avisarás, Carlo? —Abrió mucho los ojos Tomaso—. ¡Me gustaría ver cómo lo haces!

—Te avisaré… ¿Cómo van los apuntes de la lección de hoy?

—Oh, muy bien, ya los tengo todos pasados en limpio, Carlo.

—Bueno. Oye, tienes que hacerme otro favor: vete a casa de Gino, y en cuanto llegue, que te entregue la maleta y me la traes. Y que te explique qué camino ha seguido para llegar a su casa a una hora tan increíble teniendo en cuenta que partió de Vía Caracciolo… Me tiene intrigado. Aunque —reflexionó—, no, es eso lo que más intrigado me tiene en todo esto, desde luego…

Subió a su piso, metió la llave en la cerradura de la desvencijada puerta…, y se quedó inmóvil. Sin mover la llave, empujó suavemente la puerta, que cedió, abriéndose unos centímetros.

Carlo Carletti apretó los labios, y entornó los ojos, en un gesto entre agresivo y desconfiado. Por un instante, se imaginó a aquellos dos hombres esperándole allí, con sus pistolas… Pero no. Eso era

absurdo, claro. ¿Cómo habían de saber nada sobre él? La única que podía haberles dicho algo era la anciana, lo cual era precisamente lo absurdo.

¿O era la anciana la que había entrado allí, por su cuenta? Seguramente, Tomaso y los chiquillos no habían estado allí todo el tiempo, y quizá la mujer había llegado con mucha anticipación, y al no ver a nadie, ni abrirle nadie la puerta…, ¿había entrado, así, tan fácilmente?

¿Y si, simplemente, él se había olvidado de cerrar la puerta aquella tarde, al salir de allí?

Frunció el ceño, se rascó la barbilla…, y acabó de empujar la puerta hasta abrirla completamente. Todas las luces estaban apagadas. Encendió la del recibidor. Luego, la del aula. Fue al pasillo y llegó hasta el despacho. Miró también en la cocina, en el dormitorio, en el cuarto de aseo…

No había nadie en la casa. Acabó por encoger los hombros, miró su reloj, que ya señalaba las ocho y cinco, y se dispuso a esperar: seguramente, la señora no tardaría mucho.

A las ocho y media, la anciana no había llegado todavía.

Ni a las nueve menos cuarto. Ni a las nueve…

Y tampoco tenía noticia alguna de Tomaso y de Gino y la maleta en la que habían metido el bolso de la pelirroja. ¡Maldito Gino…! Le confía su maleta, le da unas instrucciones clarísimas…, y el muy cretino no aparece.

Descolgó el auricular del teléfono, y marcó un número.

—¿…?

—¿Taberna de Mario…? ¿Eres tú, Mario?

—¿…?

—Sí, soy Carlo. Oye, tendrías que… ¿Qué?

—¿…?

—Ah, un sobrino tuyo recién llegado de Benevento… ¿Cuántos años tiene?

—¿…?

—Diecisiete… Sí, puedo convertirlo en un buen sinvergüenza, naturalmente. Pero ahora tengo un asunto muy importante entre manos, y así que te diré lo que vas a hacer: búscale un empleo al muchacho, y que vaya trabajando hasta que yo le avise… Y nada de golferías de poca monta: que vaya a una escuela nocturna, que

empiece a prepararse… Ya sabes que yo no quiero palurdos entre mis alumnos, han de ser todos de los más fino… ¿Está claro?

—¿…?

—De nada. Ya te avisaré. Oye, mientras tanto, envía a alguien a la casa de Gino. Tomaso está allí… Dile que venga al teléfono, ¿quieres?

—¿…?

—Gracias, Mario. Hasta la vista, adiós —encendió un cigarrillo mientras esperaba—. ¿Tomaso? ¿Qué pasa? ¿Aún no ha llegado. Gino con la maleta?

—¿…?

—¡Pero maldito sea ese niño…! Aunque… Vaya, sería demasiada casualidad y una desgracia, pero… quizá le haya ocurrido algún accidente. Es lo único que explicaría su actitud… Escucha, deja el recado de que si llega Gino me traiga la maleta a casa. Mientras tanto, llama a Salvatore, y a ver si entre los dos os enteráis de los últimos accidentes, ¿comprendes? Quizá yo estoy maldiciendo a Gino y el pobre muchacho está en algún hospital… ¿De acuerdo?

—¿…?

—Bien. Otra cosa… Respecto al lugar adonde seguiste esta mañana a la señora… ¿verdad que me dijiste el 130 de Corso Vittorio Emanuele?

—¿…?

—Bien. Ya nos veremos… ¡Ciao!

CAPÍTULO III

El 130 de Corso Vittorio Emanuele, era una casa antigua, grande, que habría resultado pasada de moda si no hubiese tenido aquel sello especial, igual que la anciana: tenía clase, esto era algo que un napolitano captaba inmediatamente.

Había una portera de muy buen aspecto, que miró con simpatía, pero con cierta expectación un tanto desconfiada, al atractivo joven qué le había hecho la pregunta.

—¿Pero no sabe el nombre? —pregunta a su vez.

—Pues no… Fue una tontería por mi parte, lo sé. De todos modos, una señora como ella debe usted tenerla bien presente, sin duda. A menos que en este edificio haya muchas damas de sesenta y pico de años, con los cabellos blancos, muy agradable, con lentes, con…

—Segundo piso, puerta primera —sonrió la mujer—. No puede ser más que la señora Morantini.

—Muchas gracias.

No había ascensor, desde luego. Subió al segundo piso, se plantó ante la puerta señalada con un uno, y pulsó el timbre. A los pocos segundos, la puerta se abrió, y apareció la muchacha, abierta la boca en el inicio de una pregunta que no llegó a formular, ya que la decepción la dejó muda.

En cuanto a Carlo Carletti, se le habría podido derribar con un soplo. ¿A quién tenía allí, ante él, mirándolo con aprensión ahora…? Pues, ni más ni menos que a la bellísima pelirroja a la que, casi tres horas antes, le había robado el bolso en Vía Caracciolo. Sí, señor: a Carlo Carletti se le habría podido derribar con un soplo.

—¿Qué… qué desea? —preguntó la americana pelirroja, en un

italiano perfecto, o poco menos. (¿De verdad era americana?).

—Quisiera —Carlo tragó saliva—, quisiera ver a la señora Morantini, por favor…

—No…, no está… No está, señor.

—Ah… Bien… ¿Hace mucho que ha salido?

—No sé… ¿Para qué la busca?

—Pues… Bien, habíamos quedado citados para un negocio, y ella no ha acudido a la cita a la hora convenida. Pero quizá si ha salido hace poco, me he cruzado con ella, y me está esperando ahora… ¿Me permitiría usted telefonear?

—Es que… estoy… estoy esperando una visita…

—Serán sólo unos pocos segundos, señorita. Lo único que deseo es evitarle molestias a la señora Morantini —de pronto, tras un veloz parpadeo de comprensión, Carlo preguntó—: ¿ella es familia de usted?

—Sí, es mi abuela…

—Pues su abuela tiene una nieta que tira de espaldas, se lo digo yo, que… ¿Qué le pasa? —Respingó.

La muchacha había roto a llorar, de pronto. Acto seguido, intentó cerrar la puerta, pero Carlo adelantó una mano, impidiéndoselo. Entró, y cerró él. Se quedó mirando a la muchacha, desconcertado e impresionado… No se le ocurría nada. A él, que siempre tenía la cabeza llena de ideas, no se le ocurría absolutamente nada en aquella situación. Ni siquiera reaccionó, de momento, cuando la muchacha dio media vuelta y echó a correr, desapareciendo por el fondo del pasillo.

Se fue tras ella, lentamente, mirando a todos lados. Era un piso decorado y amueblado muchos años atrás, y en el que, ciertamente, sólo encajaba una dama como la señora Morantini, que debía vivir con sus viejos recuerdos…

El salón era enorme, lleno de muebles tan recargados y antiguos como todo lo que había visto hasta allí. En un sofá, de deprimente tono azul marino, y que quizá tenía más años que la señora Morantini, estaba la bellísima pelirroja, intentando enjugarse las lágrimas con un pañuelito encantador…, pero insuficiente. Carlo se acercó a ella, y le tendió el suyo, que en proporción resultaba grande como una sábana. La muchacha lo tomó, se secó las lágrimas, y se sonó.

Carlo frunció el ceño.

—Espero que lo enviará a la lavandería antes de devolvérmelo.

Inmediatamente, se habría dado de bofetadas por aquellas estúpidas palabras dichas a la mujer que amaba. Si, señor: desde el primer momento que la había visto en carne y hueso, allá en Vía Caracciolo, se había enamorado de la pelirroja, tenía que comprenderlo y admitirlo ahora. Así que, entre esta comprensión y sus estúpidas palabras, Carlo Carletti se quedó como quien espera, con todo merecimiento, el más grande de los castigos.

Pero la reacción de la muchacha fue volver a sonarse y luego, quedarse mirándolo fijamente, muy abiertos aquellos ojos negros, que estaban triturando el corazón del napolitano lágrima a lágrima… Sí: como si cada lágrima de la muchacha fuese un martillazo en su corazón. Santo cielo…, ¿qué había hecho? ¡Se había enamorado como un cretino fenomenal, del modo más idiota del mundo…!

—¿Usted… usted no es la visita que… que yo estoy esperando? —murmuró ella—. ¿De verdad?

—Dudo mucho que usted me estuviese esperando —susurró él —. En cambio, es cierto que yo esperaba a su abuela en mi casa.

—¿Para qué?

—Oh, pues… Bueno… Oiga: ¿por qué llora? ¿Le doy miedo, o asco, o pena…?

—No… No, señor… ¿Querría… querría usted llamar a su casa, por si mi abuela le estuviese esperando allí…?

—Es una buena idea —masculló Carlo.

Miró alrededor, vio el negro teléfono sobre una mesita adornada con un horrendo tapete, y fue allá. Llamó a su piso, y estuvo escuchando el sonar del timbre durante más de un minuto. Por fin, colgó, y miró a la pelirroja, que le contemplaba fijamente, con una expresión de marchita esperanza en los ojos. Cuando reaccionó fue para dejar caer la cabeza sobre el pecho, musitando:

—Ya sabía que no estaría allí, pero…

Carlo colgó el auricular, y fue a sentarse a su lado.

—¿Por qué sabe usted que su abuela no puede estar en mi casa? —preguntó.

—La tienen ellos, la…

La muchacha dio un gritito, y se llevó las manos a la boca,

mientras miraba cada vez más asustada a Carlo, que había respingado, porque al oír «ellos», había pensado inmediatamente en los dos sujetos de la terraza del Café Latino.

—¡La tienen ellos! —exclamó—. ¿Quiere decir que la han secuestrado?

—No, no… No…

Ella quería desmentir sus propias palabras, que sin duda le habían brotado involuntariamente, pero Carlo ya había entendido. La asió de un brazo, con fuerza, sacudiéndola.

—¿Qué iba a decir, entonces?

—No sé… Suélteme, me hace daño… ¡No le conozco a usted, no tengo por qué explicarle nada! ¡Márchese!

—Escuche, señorita: si su abuela…

El timbre de la puerta sonó, La muchacha volvió a emitir un gritito, sobresaltadísima.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Son ellos?

—Sí… No… ¡No lo sé! Me dijeron… ¡Tiene que marcharse de aquí ahora mismo!

—Ya no hay tiempo —negó Carlo—. Si me ven salir, creerán que soy policía, quizá, y que usted ha denunciado el secuestro de su abuela. Y eso no les gusta a los secuestradores, se lo aseguro… Le diré lo que vamos a hacer: serénese, vaya a abrir, y olvídese de que yo estoy aquí.

—¡No puedo hacer eso! Si le ven… Usted mismo ha dicho…

—No me verán. Vaya a abrir, y sobre todo, convénzase a sí misma de que está sola en el piso. ¿Lo entiende?

Carlo la puso en pie, y la empujó hacia la puerta, en el momento en que volvía a sonar el timbre. La muchacha vaciló, pero él volvió a empujarla, mientras se llevaba un dedo a los labios… Por fin, ella salió del salón, recorrió el pasillo, y tras secarse de nuevo las lágrimas, abrió la puerta.

En el pasillo, había una mujer y un hombre, y, por un momento, la pelirroja creyó que no eran las personas que esperaba… La mujer era alta, esbelta, rubia, muy hermosa, y elegante, tan sólo cuatro o cinco años mayor que ella. Tenía unas facciones muy correctas. El hombre era alto, también elegante, con aspecto muy agradable, aunque un tanto excesivamente serio… No, no era serio, sino que

sus facciones parecían… duras, y sus ojos oscuros miraban de un modo inquietante, directo, penetrante. Llevaba un portafolios.

—¿Señorita Power? —preguntó la rubia.

—Sí… sí.

—Mi amigo la llamó antes para decirle que vendríamos… ¿Podemos pasar?

—Sí… sí, sí.

Entraron los dos. El hombre cerró la puerta, y miró hacia el fondo, del pasillo.

—¿Está sola? —musitó.

—Sí, claro… ¿Mi abuela…?

—Luego hablaremos de eso —interrumpió amablemente la rubia —. Ante todo, queremos enseñarle unos dibujos, para que nos diga si está conforme con ellos, o, en caso contrarío, le da algunas indicaciones a mi compañero. Llévenos adonde podamos sentarnos.

—En el salón… No, en el salón, no. Podemos…

—El salón estará bien. Y por favor, no perdamos tiempo: la búsqueda debe comenzar inmediatamente.

—¿La… la búsqueda? ¿Qué búsqueda?

La rubia caminó pasillo adelante, y la pelirroja se fue tras ella. Entraron los tres en el salón, y el hombre, tras mirar alrededor, acercó una recargada silla a la mesa donde estaba el teléfono, lo apartó y colocó en su lugar el portafolios. De éste sacó unas cartulinas grandes, que mostró a la pelirroja…, la cual no pudo contener una exclamación de asombro:

—¡Es él! ¡Éste es el hombre que…! ¿Cómo han podido…?

—Cálmese —sonrió la rubia—. Lo que está usted viendo es un retrata hecho a lápiz por mi compañero siguiendo las indicaciones de los dos hombres a los que usted debía entregarles las Acciones. ¿Es correcto el retrato, o tiene usted que añadir algo más?

La pelirroja no salía de su asombro contemplando el retrato del viejo de la barba blanca que le había robado el bolso. No es que fuese exacto, pero nada más verlo había pensado en él…

—¿Tiene algo que añadir? —preguntó el hombre—. Entiendo que usted lo vio de frente, y más de cerca que los otros.

—Es que no… no sé qué decir…

—Diga cualquier cosa que me ayude a terminar este retrato robot. Por ejemplo, si tenía los ojos más grandes, o era más viejo, o

llevaba el cabello y la barba más largos… Cualquier cosa. A menos que esté conforme con lo que ve.

—Yo… yo creo que tenía… tenía la frente más despejada, y los ojos… un poco más grandes… y algo más separados… ¡Pero es él, estoy segura!

—Espere —dijo el hombre, tomó una cartulina en blanco, y con prodigiosa rapidez trazó otro retrato robot, con las correcciones indicadas por la pelirroja—. ¿Qué le parece ahora?

—Está… está aún mejor que antes… Sí, es él. Es él.

El hombre asintió con la cabeza, y guardó el retrato, mientras la rubia hablaba muy amablemente:

—Vamos a obtener copias de este retrato, y las repartiremos entre gente que sabe cómo buscar a un ratero como éste, que, por supuesto, debe ser un habitual, un profesional. Mientras tanto, señorita Power, le sugerimos la conveniencia de no hablar con nadie sobre este asunto.

—No… no hablaré con nadie… ¡Pero mi abuela…!

—Su abuela está siendo tratada con gran cortesía y delicadeza. Nosotros nos estamos esforzando en pensar que usted no ha tenido nada que ver con ese… robo tan inoportuno, pero…

—¿Qué dice? —Respingo la pelirroja—. ¿Que yo…?

—Digo que preferimos pensar que no se las ha dado de lista —sonrió la rubia—. Pero, de todos modos, retendremos a su abuela, por motivos de seguridad. Se lo explicaré claramente… Si dentro de cuarenta y ocho horas no hemos encontrado al ratero, y recuperaremos esas acciones, mataremos a su abuelita, y me temo que alguien vendrá a hacer lo mismo con usted. Considere bien esto, por si fuese usted quien hubiese hecho una «inteligente» jugada que, por el momento, le permite continuar en posesión de las Acciones. Si no nos ha mentido, creo que podremos encontrar al ratero. Si nos ha mentido, y no lo encontramos, mataremos a su abuela, y luego a usted. Buenas noches, señorita Power.

La rubia y su acompañante salieron del salón, dejando a la señorita Power incapaz de moverse, de reaccionar en ningún sentido. Por su palidez e inmovilidad parecía una estatua. Lo único que pudo mover, por fin, fueron los ojos, hacia los pesados cortinajes, cuando éstos se apartaron, dejando visible a Carlo, que estaba tan pálido como la muchacha.

Ella abrió la boca al verlo, pero él se llevó un dedo a los labios, y, aunque había oído cerrarse la puerta, se asomó cautelosamente al pasillo. Luego, dio una vuelta por el enorme piso, aunque ya estaba convencido de que los visitantes se habían marchado…

Cuando regresó al salón, la pelirroja estaba sentada de nuevo en el sofá, con las manos sobre el regazo, la expresión ausente, como alucinada. Carlo se sentó a su lado, y le dio una palmadita en las manos.

—No se preocupe —murmuró—. Todo terminará bien; yo tengo su bolso.

La muchacha le miró estupefacta.

—¿Usted? —susurró.

—Sí. Tiene junto a usted al viejo ratero de la barba blanca, señorita Power. Oh, vamos, no ponga esa cara de no comprender nada. Está bien claro, ¿no?: me disfracé, eso es todo.

—Pe… pero…

—¿No lo entiende?

—Sí, sí, pe… pero… no comprendo por… por qué lo hizo usted…

—Su abuela me contrató para ello, por favor, deje de pasmarse: es usted demasiado bonita para pasarse el tiempo poniendo cara de tonta. A ver, reaccione, y explíqueme eso de las Acciones… ¿Debo entender que son Acciones bursátiles? Ya sabe, papeles de esos que le cuestan a uno unos cuantos miles de liras, y que cada trimestre le proporcionan unos intereses a cambio de unos cuponcitos que se recortan. ¿Se trata de esa clase de Acciones?

—Sí, sí.

—Bueno, pues explíqueme… Espere. Explíqueme primero por qué esa rubia la ha estado llamando señorita Power. A mí me parece un apellido poco compatible con el de Morantini, que es el de su abuela. ¿Es usted americana o no es americana? ¿Es usted nieta de la simpática Nonna o no lo es? ¿Puede explicármelo?

—Yo… yo… yo… creo… creo que sí… Es que mi madre se casó con un americano hace tiempo…

—Oh. Hace tiempo, ¿eh? No me diga… ¿Cuánto tiempo? ¿Seis años?

—¡Claro que no! ¿Cómo va a hacer seis años si yo tengo ya veintitrés…? ¡Usted se está burlando de mí!

—Sólo pretendo que reaccione, que no tartamudee, que me explique las cosas con claridad.

—Sí… Tiene razón. Bueno, mi madre se casó con mi padre…

—Pasmoso.

—Se… se casó con un americano…

—Fantástico.

—¡Soy hija de un americano y de mi madre!

—Increíble. Mire, no se esfuerce más, porque ya lo he entendido, su madre se casó con un americano, se fueron a vivir a Estados Unidos, y usted se ha criado allí. Por lo tanto, está utilizando, cosa que me parece muy lógica, el apellido de su padre: Power. De acuerdo. ¿Cuál es su nombre?

—Betty… Elizabeth.

—Betty Morantini Power. Está bien. Usted vivía en Estados Unidos, y un día decidió venir a Italia a ver a su Nonna… ¿No?

—No exactamente. Yo tengo estudios de Química, y cuando en mi empresa dijeron que iban a enviar personal a Nápoles, me ofrecí voluntaria, junto con el señor Granger, que ha venido a ocupar la gerencia de la Proquina…

—¿Qué es la Proquina?

—Es una fábrica de productos químicos de aquí, de Nápoles: «Productos Químicos Nápoles. Yo trabajo en la Cinchemlcal Ltd., de Cincinnati… Mi empresa, que adquiría Acciones de diversas compañías europeas dedicadas también a la fabricación de productos químicos, se encontró un día con que, comprando, comprando, poseían la mayoría de Acciones de la Proquina. Hicieron un estudio de esta compañía, pareció que podía ser interesante dirigir su explotación con nuestros procedimientos, y, puesto que teníamos la mayoría de Acciones, se tomó el acuerdo de enviar a alguien aquí, a ver cómo estaban las cosas. El señor Harold Granger fue elegido para instalarse aquí como gerente. Entonces, se pensó que hacía falta alguien capacitado para apoyarle…, alguien que hablase perfectamente el italiano. En cuanto supe esto, me ofrecí voluntaria… Mi madre siempre me hablaba de Italia y de su madre, así que me pareció interesante el conjunto: conocería Italia, a mi abuela, quizá incluso tuviese mejores oportunidades aquí…».

—Y se vino usted con el señor Granger. ¿Qué más? ¿Se vino usted a vivir aquí, con su abuela?

—Sí, sí… El señor Granger alquiló un pequeño chalé, y yo pensé que sería agradable vivir con mi abuela. Es… es una mujer muy cariñosa y simpática…

—Eso ya lo sé —sonrió Carlo—. Hábleme del asunto de las Acciones.

—Pues… Bueno, el señor Granger y yo fuimos a la Proquina, y, naturalmente, puesto que veníamos como accionistas mayoritarios, el señor Granger se instaló como gerente, y yo como… secretaria y encargada de sus relaciones públicas. Pero apenas llevábamos aquí una semana cuando un hombre me… me abordó en la calle. Bueno, sólo le diré que me exigió que le robase las Acciones al señor Granger para entregárselas a él.

—¿Conocía usted a ese hombre?

—No… Ahora, sí… Es uno de los dos que me esperaban esta tarde en el Café Latino… De ¿verdad fue usted quien…?

—Sí. ¿Y usted aceptó robarle las Acciones al señor Granger?

—Le dije que estaba loco, que yo no podía hacer eso… No me dejó hablar mucho. Dijo que sabía que yo podía visitar en su chalé al señor Granger siempre que quisiera, y que eso es lo que hacía, para terminar algunos trabajos, pues teníamos que ponernos al corriente… Dijo que naturalmente, yo debía saber dónde tenía las Acciones de la Proquina, y que si no se las quitaba al señor Granger para entregárselas a él… matarían a mi abuela.

—Y usted le robó las Acciones al señor Granger.

Betty Morantini, Power se mordió los labios antes de musitar.

—Sí, claro…

—¿Le había dicho usted todo esto a su abuela?

—¡Claro que no!

—Pues ella lo sabía.

—No es posible…

—Ya lo creo que sí. ¿La visitó aquí alguna vez el tipo que le exigía las Acciones? Porque si lo hizo, su abuela pudo oír algo…

—No… No ha venido nunca aquí. Sólo me llamó por teléfono, ayer tarde, y me dijo…

—¡Espere! ¿La llamó por teléfono aquí?

—Sí… sí, aquí, claro… Quería saber…

—Quería saber si usted estaba decidida a obedecerle o no.

—Sí… Sí.

—Y usted estuvo conversando de eso con él, por teléfono, en este salón… ¿Mencionó las Acciones, dijo usted algo de la cita de hoy a las siete en el Café Latino, pronunció palabras que fueran suficientes para que su abuela comprendiera, lo que estaba pasando?

Betty Power estaba lívida ahora.

—Sí… ¡Pero mi abuela no estaba en el salón!

—Estaría escuchando tras la puerta, o algo parecido. No lo dude, ya que ella lo sabía, se lo aseguro. Pero es extraño que sabiendo que si usted no entregaba las. Acciones la iban a matar a ella, no haya tenido, cuando menos, la precaución de esconderse, o de avisarla a usted…

—No hablé de esa parte del asunto por teléfono… Sólo dije que sí, que aceptaba robarles esas Acciones al señor Granger, y que las llevaría hoy a las siete, adonde me indicaran. Ellos dijeron que fuese al Café Latino…, y allá fui. No comprendo por qué mi abuela…

—¿No lo comprende? —La miró vivamente Carlo—. Pues es muy sencillo: su abuela sólo oyó que usted iba a robar a su jefe, y decidió evitar que se convirtiese en una ladrona, que se complicase la vida. Así que, sin decirle a usted nada, tramó sus propios planes. Esta mañana vino a verme, y me pagó para que yo le robase a usted el bolso con las Acciones. Luego, tenía que entregárselo a ella, que se las arreglaría para devolverlas al señor Granger, cualquiera sabe con qué argucia que no la comprometiese a usted. Quería evitar eso…, pero no sabía que si usted no entregaba las Acciones, su vida peligraba. Así que se vino aquí, a esperar que fuesen las ocho para ir a verme y recoger el bolso. Y mientras esperaba, usted no pudo entregar las Acciones, de modo que el hombre o los hombres que vigilaban a su abuela fueron avisados… Y cuando su abuela salió de aquí para ir a verme, la metieron en un coche y se la llevaron al 218 de Vía Poria…

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó Betty.

—Pues porque…

—¡No puede ser! —Lanzó otra exclamación la muchacha, sobresaltadísima—. ¡Ahí es donde vive el señor Salerno!

—¿Quién es el señor Salerno?

—Bruno Salerno… Es el hombre que estaba ocupando la

gerencia de la Proquina hasta que llegó el señor Granger… ¡Dios mío! No…, no es posible…

—Yo diría que sí es posible… Como ve, no es sólo en Estados Unidos donde hay… gangsters, señorita Power.

—Pero…, pero entonces, el señor Salerno tiene…, tiene a mi abuela, y la…, la matará si no recupera esas Acciones que le permitirían seguir dirigiendo la Proquina.

—Evidentemente. La cosa está bien clara, me parece a mí. Aunque —de pronto, Carlo frunció el ceño—, aunque quizá no demasiado clara… Hay algo…, una faceta de este asunto que me resulta… sorprendente.

—¡No veo qué tiene de sorprendente el señor Sal…!

—Espere. Espere, espere… Mire, lo de unos cuantos matones a sueldo del señor Salerno me parece de lo más corriente y vulgar. Sin embargo, la visita que acaba de recibir usted no me parece vulgar.

—¿Qué quiere decir?

—Esa rubia… Y el tipo de la cara de piedra, que según ha quedado demostrado es todo un artista… ¿Usted cree que Salerno ha contratado gente así para que busquen a un pobre ratero?

—Bueno… No sé… ¿No?

—Para mí, es sorprendente. Esos métodos no son los que emplearía un… sinvergüenza particular. ¿Me ha dicho la verdad, señorita Power?

—¿Yo? —Abrid mucho los ojos Betty—. ¡Claro que sí…!

Carlo Carletti estuvo unos segundos pensativo. Por fin, movió la cabeza, con gesto dubitativo.

—No sé… La verdad es que no me gusta esto, no me parece una cosa tan simple.

—¡A mí sí me parece simple! ¡Y si usted tiene las Acciones, tiene que devolvérmelas, para que yo se las entregue a ellos!

—Entonces…, ¿insiste usted en robar al señor Granger?

—¡No quiero que maten a mi abuela! Oh, por Dios… Mis padres tienen proyectado venir a Nápoles de vacaciones este verano… ¿Cómo voy a decirle a mi madre que…, que dejé que… mataran a la suya? ¡No me importa lo que pase conmigo, pero…!

—Cálmese. La entiendo, señorita Power. Tengo un amigo que es inspector de policía, al que le gustaría mucho enterarse de todo este asunto. Pero —añadió rápidamente— desde luego lo primero es

poner a salvo a su Nonna. Maldita sea…, ¡como esos tipos le hagan daño a una abuelita tan simpática, les…, les…!

—¿Usted es amigo de mi abuela?

—¿Yo? Pues… ¡por supuesto que sí!

—Quizá ella me haya hablado de usted… ¿Quién es?

—¿Yo? Carlo Carletti, profesor de sinvergüenzas.

—Profesor…, ¿de qué? —Respingó Betty.

—De sinvergüenzas. La vida es muy dura, señorita Power, y hay que estar preparado para ser más sinvergüenza que los sinvergüenzas que nos rodean… ¿No le parece?

—Pues no sé… Lo que sí entiendo es que si usted es… profesor de sinvergüenzas, debe…, debe ser más sinvergüenza, que todos sus alumnos juntos… ¿No…?

—Naturalmente —sonrió Carlo—. Pero no soy tan sinvergüenza que perjudique a mis amigos. Voy a llamar por teléfono.

Carlo Carletti llamó por teléfono. No una vez, sino varias. El resultado fue desalentador y desconcertante: no había el menor rastro del guapísimo Gino Spezato y de la maleta que le había confiado. Tras encargar que todos sus amigos se pusieran a buscarlo hasta el último rincón napolitano, Carlo volvió a sentarse junto a Betty, que le miraba expectante e inquieta.

—Lo siento —murmuró él—. Ha tenido que ocurrir algo que no puedo comprender.

—Quizá…, quizá ese Gino Spezato se… se quiere quedar con… con las Acciones, y con lo demás…

Carlo le dirigió una hosca mirada.

—No diga tonterías. Lo primero que le enseño a mis sinvergüenzas es que hay un cierto código de honor entre nosotros. Gino no me haría eso a mí jamás. Jamás, ¿lo entiende?

—Pero si no tenemos las Acciones… matarán a mi abuela.

—Le han dado un plazo de cuarenta y ocho horas, ¿no es así? Voy a dedicarme yo también a buscar a Gino, y ya verá como lo encuentro antes de que termine ese plazo. Bien… Creo que debo irme.

Se puso en pie, y ella le imitó rápidamente.

—¿Qué…, qué hago yo?

—Nada —se sobresaltó Carlo—. ¡Usted no haga absolutamente nada! Su comportamiento debe ser el de una persona que espera

que los demás resuelvan los problemas, que no sabe nada de nada.

—Pero si usted me devuelve las Acciones, y yo las entrego al señor Salerno, comprenderán que sabía algo, que…

—No. Usted dirá que el ladrón la llamó por teléfono… Sí, eso es. Usted llevaba documentos, direcciones. El ladrón la llama por teléfono, le dice que él no quiere esos papelotes, que lo que quiere es dinero, y que si le entrega una buena cantidad, le devolverá el bolso con todo su contenido…, menos el dinero, claro. ¿Qué opina usted?

—Pues me parece que debe tener soluciones… para todo.

—Listo que es uno. Y otra cosa; convendría avisar a su jefe, el señor Granger, porque si descubre que faltan las Acciones y avisa a la policía, todo se va a complicar mucho más. La policía vendría a buscarla a usted, y…

—El señor Granger no se enterará hasta el lunes. Hoy es viernes, y hasta el lunes me ha asegurado que no quiere saber nada de nada que se refiera al trabajo.

—Un hombre inteligente… y confiado. ¿Sabe una cosa, señorita Power?: a mí, su padre no me cae nada bien… Vamos, que me cae fatal, ¿comprende?

—¿Mi…, mi padre? ¿Por qué?

—¡Hombre…! El tipo viene aquí, ve una linda napolitana, y…, ¿qué hace? Pues el muy sinvergüenza se la lleva a Estados Unidos. No, señorita, no me cae nada bien su padre… Y le advierto una cosa: los napolitanos somos de los que no olvidan. Y muy vengativos. Cuando venga su padre este verano, se las va a ver conmigo.

—¿Qué…, qué…, qué dice…? ¿Qué piensa usted hacerle a mi padre?

—Alguna sinvergonzada se me ocurrirá. Y a propósito de sinvergonzadas…

Colocó sus manos en la fina cintura de Betty Morantini Power, y la atrajo hacia su pecho. La muchacha sólo tuvo tiempo de alzar la mirada, sorprendida, hacia los ojos negrísimos del profesor de sinvergüenzas. Luego, éste la besó en los labios… Carlo Carletti cerró los ojos, se estremeció cuando su boca notó la de la pelirroja… Era como estar besando una flor… Sí, eso era exactamente. Una flor húmeda por el rocío matinal, fresca, y al

mismo tiempo, con una profunda calidez que iba aumentando a medida qué Carlo Carletti profundizaba en el beso…

Y de pronto, Carlo se dio cuenta de que Betty Morantini Power no se movía. No hacía nada. Ni se resistía, ni, mucho menos, correspondía al beso.

La apartó, y miró sus ojos, que estaban muy abiertos. Ella parpadeó entonces, y dos lágrimas se desprendieron de los párpados.

Carlo Carletti bajó la mirada, se mordió los labios, dio media vuelta, y abandonó el piso de la señora Morantini.

CAPÍTULO IV

Tal como habían convenido por teléfono, ella le estaba esperando en La *Pizza* Gigante, uno de los pequeños restaurantes del puerto, muy cerca del Castel Nuovo, sentada ante una de las mesitas provistas de rojo mantel. La decoración eran redes, farolas de pesquero, y algunos remos clavados en las paredes. Era un ambiente popular, pero muy agradable.

Carlo fue a sentarse a la mesa, delante de ella; y la miró un tanto preocupado, buscando en el fondo de los negros ojos de la pelirroja alguna expresión que indicase su actitud por lo sucedido la noche anterior. No encontró expresión alguna que pudiese orientarle.

—Hola —sonrió—. ¿Come va?

—Bien —murmuró ella.

—¿Sabe una cosa?: si quiere podemos hablar en inglés. Lo hablo muy bien, de verás.

—He venido a Italia, entre otras cosas, para hablar solamente italiano —dijo ella, en este idioma, con perfecto dominio.

—Ya. Sí, bien, claro… ¿Quiere un aperitivo? A mí me gusta mucho el Campari.

—Está bien.

Carlo se volvió, paro el camarero ya trotaba hacia allí, sonriendo bajo el bigote a estilo mongol.

—¡Carlo, cuánto bueno por aquí…! —gritó.

—¿Lo dices por mí o por la señorita? —sonrió también Carlo.

El bigotudo soltó una carcajada.

—¡Por los dos! ¡Ah, Carlo, Carlo, siempre sabes elegir lo mejor…!

—¿Lo dices por tu ristorante o por la señorita?

—¡Por los dos!, —repitió riendo el camarero—. ¡Déjame que os

invite!

—Estupendo, Tonino —se frotó las manos Carlo—. Aprovechando eso, voy a pedirte uno de tus platos más caros: tráenos para cenar un buen *soufflé* de caviar.

—¿*Soufflé* de…? —Tonino comenzó a golpearse los costados, riendo cada vez más sonoramente—. ¡Eso son porquerías! Qué te parece una buena *pizza* gigante, ¿eh? ¡La especialidad de la casa!

Carlo miró a Betty, a ver si le había hecho gracia lo del *soufflé* de caviar, pero no parecía que fuera así. La muchacha miraba impávidamente de uno a otro… Quizá no había captado la broma…

—¿Le gustaría una *pizza* gigante? —murmuró.

—Sí. Me encantaría.

—Tráeme dos, Tonino —Carlo lo miró—. Con una botella de buen vino, ya sabes.

—¡Ya sé! Pero nada de Chianti, ¿verdad? ¡Sé muy bien qué prefieres el Valpolicella!

—Ecco —asintió Carlo—. Pero antes, tráenos un par de Camparis.

Tonino guiñó un ojo, haciendo al mismo tiempo el gesto del okey, formando un círculo con los índice y pulgar de la mano izquierda, y se alejó.

—¿Es amigo suyo? —preguntó Betty.

—Todo el mundo en Nápoles es amigo mío —dijo Carlo—. Incluso el inspector Melli, que se pasa la vida simulando que me tiene manía porque soy profesor de sinvergüenzas. Sí, todo el mundo quiere a Carlo Carletti en Nápoles…, menos usted.

—¿Sabe algo de su amigo Gino?

—No. Y no puedo comprenderlo… Tengo a todos mis amigos, es decir, a todo Nápoles, buscándolo. Ha desaparecido… Como suele decirse, se lo ha tragado la tierra. Lamento tener esta mala noticia, señorita Mo… Power.

—Yo tengo otra mala noticia para usted, —musitó ella—. Me está siguiendo un hombre desde que salí de casa. Está sentado a la derecha de usted, sólo en una mesa, bebiendo vino.

Carlo asintió lentamente con la cabeza, sin mirar hacia el lugar indicado.

—Era de temer —murmuró—. Pero quizá podamos convencerlo de que, simplemente, somos… amigos. Quiero decir que deberíamos

hacer lo posible para que piense que nuestra cita es personal… ¿Comprende?

—Sí. ¿Usted ve televisión, señor Carletti?

—¿Telev…? Bueno, pues sí. De vez en cuando. ¿Por qué?

—Cuando usted y yo nos separemos, ese hombre le va a seguir a usted. A mí ya me conoce, y sabe dónde encontrarme, así que querrá saber quién es usted y dónde encontrarlo.

—Sapristi… Bueno, no se preocupe por eso, pues soy hombre de recursos. Si traen el Camparí, empiece con él: voy a telefonear.

Se puso en pie, y mientras se dirigía al fondo del restaurante, miró con total indiferencia al hombre, apenas una fracción de segundo. Fue suficiente para él. Aquel hombre, ciertamente, no tenía la misma facha que los dos que habían esperado a Betty en el Café Latino. Nada de aspecto fortachón, insolente, avasallador… No. Era un hombre más bien alto, vestido con gran discreción, muy reposado, de aspecto sereno e inteligente, agradable. No encajaba en absoluto con los dos tipos del Café Latino. Con lo que Carlo Carletti tuvo que pensar una vez más que allí había algo extraño… Tan extraño que la bellísima pelirroja no tenía ni idea. O bien… le estaba engañando como a un chino.

Hizo su llamada telefónica y volvió a la mesa. En efecto, Tonino ya había servido los Campari, y Betty estaba bebiendo. Carlo bebió del suyo, reflexionó un instante, y dijo:

—He decidido solucionar las cosas por mi cuenta.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo la triste impresión de que a Gino le ha ocurrido algo extraño y terrible, de tal modo que quizá pase tiempo antes de que volvamos a saber de él. Lo cual quiere decir que no vamos a poder recuperar las Acciones antes de que termine el plazo. Son las siete y media de la tarde del sábado, lo, cual significa que nos quedan apenas veintisiete horas. Y si Gino no ha aparecido ya, no aparecerá en ese tiempo.

—Entonces, matarán a mi abuela.

Carlo se quedó mirándola fijamente.

—Escuche, señorita Power, yo no tengo la culpa de esto, me parece que debe usted entenderlo. Todo lo que hice fue complacer a una anciana qué me resultó muy simpática… ¿Le contó ella el chiste de la criatura sorda?

—No; Y no tengo ganas de escuchar chistes, señor Carletti.

—Pues yo creo que debería contárselo, a ver si sonríe un poco, o nuestro vigilante no va a creerse que somos novios o algo más o menos parecido. Pero dejaremos el chiste a un lado, por el momento. En cuanto a su actitud distante, si es debida al beso de anoche, voy a pedirle perdón, y espero que nuestras relaciones mejoren un poco con eso. Perdón.

—Está bien —sonrió ella.

—Me imagino que la sonrisa va destinada más al sujeto que la ha seguido que a mi, pero no importa. Un rayo de sol es siempre un rayo de sol, y el buen Helios los reparte para todos.

—Oh… ¿Sabe usted que Helios es el sol? ¿Qué más cosas tan interesantes sabe?

—No demasiadas, porque como dijo el filósofo, mi incultura es vastísima…

—¿Qué filósofo? —se sorprendió ella.

—Carlo Carletti —sonrió Carlo—. Espero que le guste mucho la *pizza*. Tiene que gustarle mucho, para que sonría mientras escucha lo que tengo que decirle.

—¿Es algo malo?

—Es peligroso, nada mas. Para mí, por supuesto… Y supongo que eso la deja indiferente.

—Diga lo que sea, señor Carletti. Ya veremos si me deja indiferente o no.

—Es un camino abierto a mi esperanza —murmuró él—. Bien, he pensado que…

* * *

Eran ya casi las nueve, cuando Carlo Carletti y su bella acompañante abandonaron el restaurante de Tonino, que salió a despedirlos a la puerta, riendo ante las bromas de Carlo, que había intentado en vano, pagar la cena.

Sonriendo todavía por la última broma, Carlo se volvió para hacer el último saludo con la mano, y, en efecto, vio salir al hombre que vigilaba a Betty. Siempre reposado, tranquilo, imperturbable, el hombre se fue tras ellos. No parecía sentir la menor preocupación por el hecho de qué se diesen cuenta.

—Ahí viene nuestro amigo… Se va a llevar una sorpresa. ¿Él

tiene coche, señorita Power?

—Sí.

—Entonces, además de sorpresa, se va a llevar un susto que no olvidará mientras viva.

Muy poco después, cuando estaban llegando a Corso Humberto, Carlo alzó una mano, llamando a un taxi, que se detuvo junto a ellos. Entraron, y Betty volvió la cabeza, para mirar a través del cristal zaguero.

—Está entrando en su coche —murmuró.

—Bueno —Carlo miró al taxista, que tenía la cabeza vuelta hacia ellos, y miraba maravillado a Betty—. ¿Qué tal, Filippo?

—Muy bien… Mamma mía, Carlo, ¡que ragazza!

—Sí, está aceptable. ¿Cómo va lo de la suegra?

—No sé aún. Encontré esta mañana a Teobaldi, y quedamos que vendría a mi apartamento a las diez, cuando yo termine el turno.

—Estupendo. Oye, hay un tipo con coche que cree que va a poder seguirnos… ¿Tú qué opinas?

—¿A quién quiere seguir?

—A nosotros. A ti, ahora, claro.

—¿Un tipo quiere seguir en coche a Filippo, por Nápoles? Vaya, vaya, vaya… ¡Vamos a divertirnos un, rato!

Puso el coche en marcha, y comenzó a rodar, parsimoniosamente, mirando por el espejo retrovisor. Por fin, identificó al coche que le seguía. Entonces, sonrió, y volvió un instante la cabeza.

—Señores pasajeros, abróchense los cinturones: ¡vamos a despegar!

Tan sólo tres minutos más tarde, Filippo aterrizaba, tan lejos del otro coche que lo mismo habría dado que estuviesen en ciudades diferentes. Se volvió, sonrió al ver los ojos desorbitados de la muchacha, y miró a Carlo.

—Fin de la primera etapa, señor. ¿Cuál es la siguiente escala de este Tupolev?

—218, Vía Foria.

—¡Voland…! ¿Vía Foria? ¿Doscientos dieciocho? Oye, ¿no es allí donde…?

—218, Via Foria, Filippo.

—Súbito, *signore*.

Otros diez minutos más tarde, Filippo detenía su taxi muy cerca de la dirección indicada, y se volvió de nuevo.

—¿Te espero, Carlo?

Éste sacó una pequeña libreta, anotó algo en una hoja, la arrancó, y la tendió a Filippo.

—Espérame durante diez minutos solamente. Si dentro de ese plazo no he salido, aléjate de aquí con la señorita, llama al inspector Melli, y dile exactamente lo que he anotado en este papel… ¿Lo entiendes bien, Filippo?

—Claro.

—No es necesario que lo haga —susurró Betty—. Creo que no he debido aceptar su plan, señor Carletti.

—¿Se le ocurre alguno mejor?

—No, pero… Bueno, no me parece justo que usted corra un riesgo tan grande. Se trata de mi abuela, no la suya.

Carlo Carletti estuvo unos segundos mirándola fijamente. Luego, sin decir palabra, salió del taxi, y comenzó a caminar hacia el número 218 de Vía Foria.

Filippo lo estuvo mirando hasta que llegó ante la casa. Sólo entonces se le ocurrió mirar el papel que le había entregado Carlo. Lo puso de modo que le diese la luz, lo leyó, y palideció intensamente. Se volvió a mirar a la pelirroja, abrió la boca, la cerró… El rostro de Betty Morantini Power era como una mancha blanca, lívida, en el asiento de atrás.

Sin decir, nada, Filippo volvió a mirar hacia la casa a la que se había dirigido Carlo.

Y ya no lo vio allí.

CAPÍTULO V

El tipo que le había abierto la puerta era uno de los del Café Latino, pero, ciertamente, no había reconocido en Carlo al anciano ratero de Vía Caracciolo.

—¿Para qué quiere ver al señor Salerno? —se interesó.

—Es un asunto personal y de mucha importancia. Y urgente.

—Espere aquí.

Abandonó el vestíbulo, para regresar a los pocos segundos. Le hizo una seña a Carlo, y éste se fue tras él, hacia la puerta por la que había entrado y salido el hombre. Éste la volvió a abrir, y señaló al interior, dejándolo pasar. Entró tras él, y cerró la puerta, quedando apoyado de espaldas en ella, con los brazos cruzados sobre el amplio pecho, fija la mirada en Carlo.

Por su parte, éste miraba a los hombres que había en el saloncito, y que a su vez le contemplaban con evidente interés. Uno de ellos era el otro tipo del Café Latino, es decir, el compañero del que le había abierto la puerta.

Había dos hombres más. Uno debía tener alrededor de cincuenta años, y era feo, bajo y gordo, además de llevar lentes de gruesos cristales que delataban su avanzada miopía, y de tener dos verrugas en la barbilla. Sus cabellos eran largos, espesos y lacios, de un feo color ceniza. Pero vestía bien, con cierto aire elegante.

El otro era un tipazo de muy buena facha. Quizá de cuarenta años, con canas en los aladares, facciones agradables, mirada inquisitiva que parecía estar valorando al visitante.

Y fue éste quien preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Gepetto… ¿Es usted el señor Salerno?

—Sí. ¿Qué asunto personal, importante y urgente es ése?

—Se trata de un canje: la señora Morantini por las Acciones de la Proquina.

Fue como si de pronto, aquellos cuatro hombres hubiesen sido sometidos a una temperatura muy debajo de los cero grados. Se quedaron paralizados, helados. Pero sólo durante un par de segundos.

—Es un canje interesante —musitó luego Salerno, entornando los ojos—. ¿Tiene usted las acciones, señor… Gepetto?

—No. Pero se las puedo conseguir en un tiempo razonable si antes salgo de aquí con la señora Morantini.

—¿Quiere decir… marcharse ahora con Stefanía Morantini, y… entregarme las Acciones en otro momento?

—Sí.

Bruno Salerno sonrió. De un modo muy agradable, simpático, cordial.

—¿Quién le ha dicho que viniera aquí? —preguntó.

—Como de todos modos se va a enterar, ya que uno de sus amigos ha estado siguiendo a Betty, se lo diré. Betty y yo somos… amigos. Ella me llamó esta tarde, y me citó en un restaurante. Me ha contado el asunto, y yo he llegado a la conclusión de que sólo a usted podía interesarle tener esas Acciones. Entonces, he buscado su nombre en la guía telefónica, y… aquí me tiene.

—Muy interesante… ¿Es usted policía, quizá?

—Claro que no.

—¿Qué es?

—Amigo de Betty. Soy napolitano, he vivido toda la vida en esta ciudad, salvo algún que otro viaje al extranjero, se entiende. Quiero decir con esto que yo podría encontrar al ladrón antes que sus amigos… Los que fuesen con las fotografías hechas a mano, ya sabe.

—Sí… Ya sé —Bruno Salerno entornó los ojos—. ¿Y cómo encontraría usted a ese maldito viejo, señor Gepetto?

—Tengo mis recursos. Mire, señor Salerno, nosotros sólo queremos que a la señora Morantini no le ocurra nada desagradable. Yo salgo de aquí con ella, y le garantizo que muy pronto podré entregarle las Acciones.

Bruno Salerno movió negativamente la cabeza.

—Usted, señor Gepetto, no va a salir de aquí.

Hizo un gesto con la cabeza, y los dos tipos del Café Latino se

acercaron a Carlo, que permaneció inmóvil. Ni siquiera reaccionó cuando lo sujetaron por ambos brazos y Salerno se acercó a él. Pero soltó una de sus mentiras:

—Tenga cuidado con lo que hace, señor Salerno. Ya sabe cómo somos los napolitanos: no nos gusta que molesten a nuestros amigos. Y yo no he venido solo aquí. Afuera hay un buen grupo de amigos que están tan disgustados como yo por lo que ustedes están haciendo con la señora Morantini.

—Tonterías —sonrió Salerno—. Pero de todos modos, si eso fuese cierto, sus amigos están afuera, y usted está dentro… En muy grave situación, francamente. ¿Dónde están las Acciones?

—Ya le he dicho que todavía no las…

Fue un puñetazo tremendo, en pleno estómago. Carlo expulsó el aire con un fuerte gemido, y palideció, quedando suspendido en los brazos de los dos matones, al parecer fuera de combate.

Era mentira.

Cuando Bruno Salerno le asió por los cabellos para alzar su cabeza, y abrió la boca para insistir en su pregunta, tuvo buenos motivos para convencerse de ello, Al mismo tiempo que él alzaba la cabeza de Carlo, éste alzaba por su cuenta la rodilla derecha, con la velocidad del rayo. Fue un golpe tan espantoso que Bruno Salerno ni siquiera tuvo fuerzas para gemir: simplemente, su rostro se desencajó, sus ojos se desorbitaron, se dobló como si acabaran de partirlo por la mitad, y cayó hacia delante…

Lógicamente, tendría que haber chocado con Carlo, pero éste no había esperado los resultados de su golpe, sino que se había vuelto ya de lado, encarándose a uno de los dos matones antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Puesto que todavía le estaban sujetando los brazos, Carlo siguió utilizando otras partes de su cuerpo para el ataque.

Sorprendente ataque. Esta vez fue su cabeza la que golpeó. Su frente dio de lleno en la nariz del matón, con tal fuerza que se oyó el crujido de la ternilla al romperse. El hombre lanzó un alarido, soltó el brazo de Carlo, y retrocedió, tambaleándose, llevándose ambas manos al rostro. Mientras tanto, Carlo se volvió hacia el otro como una centella, aprovechando que le había soltado el brazo, para retroceder y llevar la mano al sobaco izquierdo, en busca de la pistola.

Entonces, el profesor de sinvergüenzas volvió a utilizar la pierna. El velocísimo puntapié alcanzó al matón en la boca del estómago, y el sujeto lanzó un berrido terrible, mientras sacaba la pistola, pero sin fuerza, sin control alguno. Carlo dio un paso hacia él, y le golpeó en la barbilla, con un cruzado escalofriante, que lo tiró de lado al suelo, sin conocimiento, con la mandíbula rota.

Inmediatamente, se volvió hacia el otro, que con una mano todavía en la nariz, estaba sacando su pistola… El matón lanzó un alarido de espanto cuando, ante él, Carlo Carletti pareció volar a su encuentro. El susto y el pasmo entorpecieron de tal modo la acción del matón que ya no pudo hacer nada más. Antes de que pudiese disparar, Carlo estaba delante de él, a tal altura que sus flexionadas piernas las tenía ante el rostro… Una de aquellas piernas se distendió, y el pie dio en la frente del hombre.

Fue como un mazazo.

El matón saltó hacia atrás, soltando la pistola, con los ojos en blanco. Cayó de espaldas, se deslizó un par de metros por el suelo, y quedó inmóvil…, mientras el sujeto de las verrugas corría como perseguido por el demonio hacia la puerta del saloncito.

Salió como disparado; y Carlo, tras vacilar un instante, se fue tras él, comprendiendo que Salerno y los otros dos tenían sueño para un buen rato.

El miope de las verrugas no corría hacia la puerta, sino hacia el fondo del pasillo. Debía recordar perfectamente las palabras de Carlo respecto a que no había acudido sólo a la entrevista, y estaba buscando otra salida. Con lo cual, al mismo tiempo, demostraba que no estaba armado, pues de ser así, sin duda habría disparado ya contra Carlo.

Éste oyó batir una puerta al fondo del pasillo, y corrió hacia allí. Empujó la puerta, y ante él apareció otro pasillo, con otra puerta al fondo. Cuando abrid esta puerta, se encontró en la cocina, que, en efecto, tenía otra puerta al fondo. Salió por ésta, y apareció en un pequeño patio-jardín…, justo en el momento en que el miope de los verrugas, con la velocidad de un mico asustado, se encaramaba a la tapia…

—¡Alto o disparo! —gritó Carlo. El hombre volvió la cabeza, ya desde lo; alto de la tapia. La luz se reflejó en los cristales de sus lentes, como lanzando dos luminosos disparos hacia Carlo Carletti.

Luego, desapareció al otro lado de la tapia. Carlo fue hacia allí, pero, antes de llegar, se detuvo.

Muy bien. ¿Qué le importaba a él aquel tipo tan feo? Había ido allí para rescatar a la señora Morantini, y eso era lo que debía hacer. ¡Al diablo el tipo de las verrugas! Eso, aparte de que cuando el inspector Melli le apretase las clavijas a Salerno y sus matones, éstos delatarían al tipo de las verrugas.

Regresó al interior de la casa, llegó al vestíbulo, y miró escaleras arriba, hacia el segundo piso. Seguramente, la simpática Nonna debía estar en alguna habitación, atada y amordazada. Movió la cabeza, y emprendió la ascensión, mascullando:

—Lo que yo siempre digo: el mundo está lleno de sinvergüenzas.

Llegó al pasillo del piso de arriba, y se detuvo. Había dos puertas a cada lado y una al fondo.

—¡Señora Morantini! —llamó. ¡Soy el profesor de sinvergüenzas! ¿Me oye usted?

Silencio.

Empujó la primera puerta de la derecha, tanteó en busca del interruptor, y encendió la luz. No había nadie allí.

Tampoco había nadie en el siguiente dormitorio. La puerta del fondo del pasillo correspondía al cuarto de baño, y tampoco allí había nadie… Ni había nadie en los otros dos cuartos.

Carlo se quedó inmóvil en la última habitación, perplejo. La señora Morantini no estaba allí… ¿Dónde estaba, entonces? De pronto, recordó a Salerno y a los otros dos. Cualquiera de ellos podía recobrar el conocimiento… ¡Y había dejado las pistolas allí, a su alcance!

Apagó la luz, salió al pasillo, y entonces oyó el batir de la puerta de la casa, abajo. Luego, una voz femenina.

—¡Salerno! ¿Dónde está?

Sigilosamente, Carlo se deslizó hasta que llegó a un punto del pasillo desde el cual pudo mirar el vestíbulo por entre las columnillas que sostenían el pasamano de la escalera.

Y vio a la rubia. La rubia, que la noche anterior había visitado a Betty Power, acompañada de un sujeto que dibujaba como si fotografiase… También en esta ocasión había un hombre con ella. No el mismo, sino otro, más alto, de hombros más anchos, cara hostil, mirada perforante, rasgos duros, que parecía una fiera presta

al ataque.

—¿Salerno? —insistió la rubia, comenzando a caminar hacia el saloncito.

¿Cómo habían podido entrar? Carlo estaba seguro de que el matón había cerrado la puerta de la casa… ¿Cómo habían podido entrar la rubia y su acompañante?

Ambos desaparecieron en el interior del saloncito… Carlo esperaba alguna exclamación de alarma, o cuando menos, de sorpresa, pero no oyó nada de esto. Durante unos segundos, el silencio fue total, como si no hubiera nadie en la casa. Luego, mientras Carlo estaba pensando qué podía hacer, oyó de nuevo la voz de la mujer, de pronto. Sólo que ahora hablaba en inglés:

—Mátalos, Hans.

Por un instante, Carlo Carletti no comprendió… Mejor dicho, no asimiló el exacto significado de la breve frase. ¿Matarlos? ¿A quiénes…?

Plop, oyó.

Carlo tuvo la impresión de que acababa de hundirse en un tonel lleno de agua helada.

Plop…

Plop, plop…

—Ya está, Erika.

—Pues vámonos.

Los vio salir del saloncito, y dirigirse hacia la puerta. El intenso frío era como…, como una gran masa que se hubiese introducido en el cuerpo de Carlo, llenándolo, paralizándolo.

—¿Echo un vistazo por arriba? —preguntó el hombre.

—No vale la pena. Sabemos que Salerno no tenía a nadie más.

—No me gusta tratar con tipos como éstos —masculló el hombre —. Nunca hacen las cosas bien. Quien sea que los haya dejado así a golpes pudo conseguir su pista. Son muy torpes.

—Quizá sea el hombre que se vio con Betty Power… Lucio dijo que parecía peligroso aunque sonreía mucho.

—¿Vamos a buscar a la Power?

—No la encontraríamos en su casa. Esa muchacha es una imbécil. Al mezclar a otras personas en esto, ha…

Ya no pudo oír más, porque la puerta se cerró a espaldas de ambos. Durante un par de segundos. Carlo permaneció como

petrificado. Luego, se lanzó escaleras abajo a toda velocidad, y entró como disparado en el saloncito…, para detenerse tan en seco que casi cayó hacia delante.

—Santissima Madonna…

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reaccionar ante el sangriento espectáculo. Cerró los ojos, pero todavía le parecía estar viendo los de uno de los matones, abiertos, relucientes como si fuesen de vidrio.

Sólo abrió los suyos cuando hubo dado media vuelta, hacia la puerta. Corrió hacia allí, la abrió apenas un centímetro…, y vio el coche apartándose de la acera, comenzando a alejarse, en dirección al centro de la ciudad. Esperó unos segundos, salió corriendo, y llegó en un tiempo inverosímil al taxi donde esperaban. Betty Power y Filippo. Se metió en el asiento de atrás, señalando hacia el cristal zaguero.

—¡Da la vuelta! —jadeó—. ¡Tienes que seguir a ese coche!

—¿Qué coche? —exclamó Filippo.

—¡Da la vuelta!

—Pero aquí no se puede dar…

—¡Da la vuelta!

Filippo frunció el ceñó, y sin más complicaciones… para él, dio la vuelta en Vía Foria. Impermeable al torrente de sabrosos insultos napolitanos, lanzó una mirada hacia delante, expectante.

—¿Qué coche? —insistió.

—Uno negro, grande… ¡Creo que es un «Mercedes»! ¡Tienes que alcanzarlo, Filippo!

Era un «Mercedes», en efecto, Filippo lo alcanzó en pocos segundos. Es decir, lo divisó. Y antes de que pudiese decir nada, Carlo habló desde el asiento de atrás, pero inclinado sobre él.

—¡Ése es! —señaló—. No te acerques demasiado… Sólo quiero saber adónde va.

—Estaba a punto de…

—Ya no importa. He regresado, ¿no es así? Ten mucho cuidado: que no se den cuenta de que los seguimos.

—Nadie tiene que enseñarle a Filippo lo que…

—¡Oh, está bien, cállate!

Filippo se mordió los labios, y miró por el retrovisor. Carlo se dejó caer en el asiento, junto a la silenciosa y expectante Betty

Power, que le miraba con los ojos muy abiertos. Se pasó una mano por la frente, y la encontró helada, pero húmeda de sudor.

—Lo siento, Filippo —murmuró, mirando hacia el retrovisor.

Filippo encogió los hombros, y siguió atento al «Mercedes».

—¿Qué ha pasado? —preguntó Betty.

Carlo la miró como si en lugar de hablarle acabase de darle un picotazo.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿Qué ha pasado? ¡Que usted me ha estado tomado el pelo, eso es lo que ha pasado!

—Yo no…

—¡No me venga con mentiras! Eso está bien para un sinvergüenza, pero no para una jovencita tan bien educada como usted… ¿Quiere saber lo que ha pasado? Muy bien. ¡En ese coche van un hombre y una mujer! ¿Adivine quién es la mujer?

—No… No…

—¡La que estuvo a visitarla anoche, con aquellas fotografías…! Se llama Erika. El hombre se llama Hans. Han entrado en la casa de Salerno… ¿Y sabe qué han, hecho allí?

—¿Cómo voy a…?

Carlo Carletti pareció deshincharse, de pronto.

—Han matado a Salerno y a los dos tipos que estuvieron con usted en el Café Latino.

—¡Dios mío!

Filippo había respingado, volviendo la cabeza, mostrando sus ojos muy abiertos. Pero en seguida regresó su atención al control del coche. Por el retrovisor, Carlo veía sus ojos, saltones, asustados. Igual que Betty Power, que miraba incrédulamente a Carlo.

—Sí —murmuró éste—. El tal Hans ha matado a los tres, con una pistola con silenciador. Y había otro, pero ése se escapó mientras yo me las entendía con los tres.

Y le voy a dar otra noticia, señorita Power: su abuela no está en esa casa.

—Pero…

—¡No está! Y sé lo que digo.

—Pero…, ¿dónde…, dónde está?

—No lo sé… Pero quizá lo sepamos si no perdemos de vista a Erika y Hans. Yo diría que son nombres alemanes… Pero hablan en inglés entre ellos. Hablan el inglés tan bien como usted.

—¿Qué quiere decir? —Respingó Betty.
—No lo sé…
—¿Usted cree que ellos y yo somos… amigos?
Carlo Carletti reflexionó un instante, antes de mover negativamente la cabeza.
—No… Sería absurdo. Desde luego, usted no puede volver por su casa, porque quizá vayan a buscarla allí. No, no creo que sean amigos… Pero sí sé que usted no me ha dicho la verdad.
—Puede creer lo que quiera, pero yo no tengo otra cosa que decirle, señor Carletti.
—¿Cómo demonios quiere que me crea que una gente como ésa va por ahí asesinando fríamente por unas cuantas Acciones de una fábrica de productos químicos?
Y además: ¿qué productos químicos?
—Bueno, las actividades de la Proquina son diversas… Estudiamos fórmulas para jabones, insecticidas, perfumes, quitamanchas…
—¿Me está tomando el pelo todavía más? —gritó Carlo.
—No. Y también detergentes. Mire, si usted cree algo extraño de mí, señor Carletti, creo que lo mejor será que vayamos a denunciar todo esto a la policía cuanto antes.
—Desde luego que no —respingó Carlo.
—¿Por qué no?
—Pues porque… ¡porque no!
—¿No quiere complicarse la vida?
Carlo frunció hoscamente el ceño, abrió la boca…
—El «Mercedes» se ha detenido. Carlo —dijo Filippo—. Delante del Albergo Roma. ¿Paro aquí mismo?
—Sí.
Cierto. El «Mercedes» se había detenido delante del Albergó Roma, en Vía Roma. Pero nadie se apeaba. Desde allí, Carlo veía las siluetas del hombre y de la mujer en el asiento delantero del otro coche. Y comprendió lo que iba a ocurrir.
—Me parece que se van a separar —murmuró—, pues de otro modo no tendrían por qué estar hablando parados ahí. Si se separan, te vas tras el coche, Filippo, y yo me quedaré.
—¿Y yo? —inquirió Betty.
—Usted se irá con Filippo, a su apartamento…

—¡Carlo, que mi mujer me mata si llevo una ragazza como ésta a casa! —se alarmó Filippo.

—Dile que es mi novia, que me he metido en un lío de los míos, y que te he pedido que la tengáis con vosotros hasta nuevo aviso. Y usted, señorita Power, no se mueva de allí pase lo que pase. Ni llame a nadie por teléfono… Nadie tiene que saber dónde está. ¿Está todo claro, Filippo?

—Yo creo que sí. Si se separan, sigo el coche a ver adónde va, y luego llevo a la señorita a mi casa…, y luego voy a buscar a Teobaldi. ¡Je, je! ¡Le voy a dar un susto a mi suegra cuando aparezca en casa con Teobaldi…!

—Erika sale del coche —murmuró Betty.

Efectivamente: la hermosa rubia se había apeado. El coche se alejó, y ella entró en el Albergo Roma.

CAPÍTULO VI

Erika estuvo escuchando durante mas de un minuto, sin impaciencia. Pero finalmente, colgó el auricular, convencida de que la señorita Power, tal como había sospechado, no estaba en su piso… Es decir, en el piso de su abuela, en Corso Vittorio Emanuele.

Se apartó del teléfono, pensativa. Preocupada. No le gustaba el giro que estaba tomando aquello. Todo había parecido fácil al principio, pero se había complicado.

—La estúpida ésa, lo ha complicado —se dijo, mientras abría el armario—. Pero tal como están las cosas, lo mejor es que regrese a Capri y la olvide, por el momento. Lo que interesa son las Acciones, y los demás ya están buscando al viejo…

Sacó la maleta, y comenzó a colocar en ella sus vestidos. Sí, lo mejor era abandonar Nápoles, por si acaso. Y una vez estuviese en Capri ya vería…

Volvió vivamente la cabeza, alarmada, cuando sonó la llamada a la puerta de su habitación en el Albergo Roma. Entornó los ojos, vaciló… Por fin, abrió el bolsillo, y sacó una pistola que parecía un juguete inofensivo. Era tan pequeña que casi quedó oculta en la palma de su mano izquierda, apretada contra ésta por el pulgar.

Se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó en italiano.

La voz masculina sonó en la juntura de la puerta, susurrando, en inglés:

—Abre… Soy Hans.

Sobresaltada, Erika abrió la puerta, al mismo tiempo que comenzaba a preguntar:

—¿Qué ocurre para…?

Terminó la pregunta con un respingo. Quiso cerrar la puerta y al

mismo tiempo empuñar la pistolita… No hizo ninguna de estas cosas, porque la puerta fue empujada fuertemente, le golpeó en la frente, y la tiró de espaldas al suelo, mientras la pistolita escapaba de su mano.

Erika rodó, se revolvió velozmente mientras la puerta era cerrada, y vio su pistolita en el suelo, bastante cerca de ella. Gateó a toda prisa, puso la mano sobre el arma…, y un pie provisto de sólido calzado deportivo cayó sobre su mano, sin contemplaciones, aplastándola contra el suelo con la pistolita debajo. Erika lanzó un gemido de dolor y alzó la cabeza, para mirar entre temerosa y furiosa al visitante.

—Hola —sonrió éste, de un modo en verdad raro—. Me llamo Gepetto, Erika. Soy vendedor de detergentes a domicilio.

Erika abrió mas los ojos. Intentó retirar la mano, pero el tal Gepetto aumentó la presión, obligándola a morderse los labios para no volver a gritar.

—Y como todo buen vendedor, soy insistente, tenaz. Además, tengo otras ambiciones. Por ejemplo: convertirme en copropietario de una fábrica de productos químicos que hagan detergentes, y así podré vender mis propios productos. Eso rinde muchos beneficios… Y… ¿sabe en qué fábrica he pensado? En la Proquina… ¿La conoce?

—Me está… destrozando la mano…

—Si me promete portarse bien, retiraré el pie.

—Sí… Sí, se lo prometo…

Gepetto volvió a sonreír, y alzó el pie…, pero en dirección a la barbilla de Erika, acertándola allí de lleno cuando ella alzaba su mano empuñando la pistola. Erika puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás, con fuerte rebote de cabeza contra el suelo. Se quedó así, tendida cara al techo, con la pistolita en la mano, y sin sentido.

—A sinvergüenza, sinvergüenza y medio —murmuró Gepetto.

Se inclinó, tomó la pistolita y se la guardó en un bolsillo tras mirarla con curiosidad. Luego alzó un párpado de Erika, encogió los hombros, y se puso en pie. Se acercó a la cama, sobre la cual estaba la maleta, y sacó las prendas que Erika ya había colocado allí… No encontró nada que le resultase interesante. Tampoco en el armario había nada digno de especial mención… Ni en el bolso de la bella rabia.

Carlo Carletti, alias Gepetto, se rascó la nuca, perplejo.

—La pregunta es —dijo en voz alta—: ¿qué estoy buscando?

Retiró la maleta de sobre la cama, y colocó en ella a Erika, a la que subió las faldas y abrió el escote, en busca de más armas. Pero no. No había allí nada, a excepción de los notables encantos de Erika.

Fue al cuarto de baño, llenó un vaso de agua, y volvió junto a la cama, lanzando el agua al rostro de Erika, que respingó, y se sentó velozmente, mirando a todos lados.

—¿Qué…?

¡Plaf!

La bofetada la volvió a colocar en posición horizontal. Se quedó mirando con expresión desorbitada a Gepetto, que tras colocar una silla, junto a la cama, se sentó, con el respaldo por delante, y sacó la pistolita, con la que apuntó al seno izquierdo de Erika.

—Escuche, y le voy a decir cómo están las cosas y qué clase de mala uva gasto yo. Luego, usted verá qué decisión toma… ¿Le parece bien?

—¿Usted… es el hombre que estaba con Betty Power?

—Exactamente.

—¿Es de la CIA?

—Podría ser. Pero eso no viene a cuenta ahora… ¿O sí? De todos modos, su situación es muy mala, Erika. Tanto si soy de la CIA, como de la policía o el servicio secreto italiano, usted está acabada: de aquí saldrá directa para la cárcel. ¿Está claro?

Erika se llevó la mano izquierda a la boca, con la palma vuelta hacia el exterior, como en un gesto de temor. Gepetto alzó las cejas, y masculló:

—Vamos, no se haga ahora la niña asustadiza. La oí perfectamente cuando ordenaba la muerte de Salerno y sus dos matoncillos de a lira la docena. Cuando yo tenía catorce años, ya desayunaba cada día media docena de tipos como ésos. No valen nada, sólo asustan a los niños… y a los ancianos. Igual que Bruno Salerno… Ésos eran simples desgraciados. Pero usted, no. Ni Hans. Ni el tipo que nos vio a Betty y a mí en el restaurante de Tonino, ni el que se llevó a la señora Morantini cuando ella salió de su casa para ir a verme. Ustedes son diferentes. Y yo pregunto: ¿quiénes son ustedes? ¿Qué están buscando realmente?

Erika le miraba fijamente, y eso era todo. Carlo frunció el ceño.

—Será mejor que conteste a mis preguntas, o en principio me voy a dedicar a partirle la cara, nena guapa. ¿No lo cree? Bueno, pues vamos a empezar el programa.

Apartó la silla, alzó una mano, y, no sin disgusto, soltó un tremendo bofetón… La cabeza de Erika fue hacia la derecha, rebotó, y quedó finalmente ladeada hacia la izquierda. No se había alterado, ni respingado, ni movido tan siquiera los párpados, que seguían abiertos, mostrando sus hermosos ojos…

Carlo palideció al ver aparecer por un lado de la boca la pequeña cantidad de espuma color verdoso, pues al mismo tiempo, comprendía que la actitud de Erika no era normal en modo alguno. Se inclinó sobre ella, puso un dedo en la barbilla, y le hizo mover la cabeza, que osciló como si el cuello fuese de goma. Durante unos segundos, Carlo Carletti estuvo mirando, atónito y aterrado, las hermosas facciones de la mujer, sus rubios cabellos, sus azules ojos tan hermosos… Su mano derecha tocaba suavemente un lado del cuello, en busca de un latido…, que no se producía.

En lentísimo *traveling*, la mirada de Carlo Carletti se fue desplazando hasta la mano izquierda, de Erika, que reposaba palma abajo sobre la colcha. Entonces se fijó en el anillo, y en el hueco que había en éste, en el centro, allá donde antes había habido una piedra preciosa de color azulado… La piedra ya no estaba.

El profesor de sinvergüenzas se irguió, lentamente. Estaba tan pálido como la difunta Erika… Era terrible el esfuerzo que tenía que hacer para comprender aquello: Erika se había suicidado. Carlo Carletti se sintió tan mal, de pronto, que tuvo que correr hacia el cuarto de baño, donde se oyeron sus violentas arcadas. Luego, el rumor de agua corriente… Cuando salió del cuarto de baño, tenía el rostro desencajado y los ojos todavía enrojecidos.

Sin mirar más a Erika, abandonó la habitación.

CAPÍTULO VII

El hombre abrió y alzó mucho los brazos al verlo llegar al muelle, y gritó:

—¡Carlo, aquí estoy! ¡Dame un beso y un abrazo, bambino!

—¿Cómo estás, Enrico?

—¡Muy bien! En este último mes he perdido otro centímetro de estatura… ¿Y sabes por qué ocurre eso? ¡Por la humedad del mar, que me va encogiendo, encogiendo…!

—Yo tenía entendido que la humedad hincha, no que encoge. ¿Podemos disponer de tu barca?

—¡La barca de Enrico siempre está dispuesta para Carlo Carletti, el profesor de sinvergüenzas! Pero, Carlo, tengo una queja contra ti.

—¿De veras? —Carlo le puso un brazo en los hombros, y comenzaron a caminar hacia el borde del muelle—. ¿Qué queja, Enrico?

—Pues te envié a mi pequeño Pietro para que lo convirtieses en un buen sinvergüenza, ¿recuerdas?

—Hombre, claro.

—Ha sido un fracaso. El muchacho se lió a estudiar aquellas cosas que tú le indicaste, para ser un granuja de los finos, ¿no es así? Y el otro día me dijo: «caro pappa, necesito diez mil liras para comprarme libros». ¡Imagínate, me dejó medio muerto del susto…! ¡Comprarse libros! Le dije si los necesitaba para seguir tus clases de sinvergüenza, y me dijo que no, que ya no quería ser un sinvergüenza, porque le gustaba estudiar, y quería ser alguien el día de mañana. Yo no sabía si partirle la cara o no, pero Lucía le dio las diez mil liras, y el muchacho se ha comprado libros… ¿Y sabes qué hace ahora cuando termina el trabajo que tú le buscaste?

—¿Qué hace?

—¡Va a una escuela nocturna, a estudiar no sé qué cosa de mercados! No lo he entendido muy bien.

—¿*Marketing*?

—¡Ecco! ¡Ésa es la palabra que dijo! Y ahora se pasa el tiempo estudiando… ¿Qué te parece?

—Es todo un fracaso —masculló Carlo—. ¿Puedes llevarme a Capri?

—Yo te llevo adonde tú quieras, aunque hayas fracasado con el pequeño Pietro… Aunque ya no es tan pequeño: creo que va a cumplir pronto dieciocho años. Estaba yo en la taberna, y me llamó Lucía: que Carlo te ha llamado a casa, que te necesita con tu barca, que lo esperes allá… Y aquí estoy. ¿A Capri?

¡Pues a Capri! ¿Has encontrado ya a Gino, el Spezato?

—Todavía no.

—Buena la has armado… Todo el mundo en Nápoles, está buscando al muchacho. ¿Crees que está en Capri?

—No. No lo sé, mejor dicho. En Capri tenemos que buscar un yate que lleva por nombre Tritone…, si es que está allá. Si no está allá, habré perdido la pista.

—¿La pista de quién? ¿De Gino?

—No. De un hombre que Filippo estuvo siguiendo con su taxi. Vino al muelle, se metió en un yate llamado Tritone, y el yate zarpó. Yo pensé, que quizá iba a Capri, así que desde la casa de Gino llamé a la tuya… Ésa es tu barca, ¿no?

—¡Ecco!

Saltaron a la barca de Enrico, y éste la puso en marcha. A lo lejos, por entre una ligera bruma, se distinguían las luces de Capri.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—No, ¡qué va! Tengo un buen motor… Unas dos horas.

—Mamma mía… —gimió Carlo.

—Diez millas por hora no está mal, para un pesquero como éste —refunfuñó Enrico.

—Supongo que no… ¿Fumamos?

—¡Fumemos!

Se sentía perfectamente el motor de la barca de Enrico.

A la una y diez de la madrugada, llegaron a Capri.

* * *

—Carlo… ¡Carlo!

Carlo Carletti se sentó de un salto en la cama, y miró hacia la puerta del cuarto que había ocupado en la modesta pensión cerca del hotel Gatto Bianco. Fue rápidamente a la puerta, y la abrió. Enrico entró, sonriente, pero con cara de sueño.

—Lo hemos encontrado —dijo—… Está en… ¡Perla Madonna!

—¿Qué te pasa? —se sorprendió Carlo.

Enrico parpadeó, y miró de abajo arriba y de arriba abajo aquel montón de músculos que se ofrecía ante sus ojos, pues Carlo estaba en calzoncillos. Finalmente, se quedó estupefacto.

—No te imaginaba así… Pareces tan delgado cuando estás vestido… Oye —le palpó un bíceps—, esto no es carne de sardina, ¿eh?

—No —rió Carlo—. Más bien, de tiburón. ¿Dónde está el yate?

—Ya te dije que lo encontraríamos nosotros mientras tú descansabas —Carlo comenzó a vestirse, tras consultar su reloj, eran las nueve menos veinte de la mañana—. Es un yate muy bonito. Peppino lo vio, cerca de la costa, poco después de amanecer, y vino a decírnoslo. Está al otro lado de la isla, delante de una villa muy hermosa, cerca de los Jardines de Augusto. Bueno, entre los jardines y la Torre Sarracena, ¿comprendes?

—Sí.

—¿Te llevo allí?

—No. Ya habéis navegado bastante. Iré a pie… Quiero decir, por tierra, cruzando la isla.

—Luigi tiene una motocicleta… ¿La quieres?

—¡Estupendo! ¿Has preguntado por Gino en la isla, Enrico?

—Ya sabían que lo estabas buscando… El muchacho no está en la isla, seguro. ¿Puedo saber por qué lo buscas con tanto afán?

—Temo que le haya ocurrido algo, precisamente cuando estaba haciendo un encargo mío. Ve a buscar a Luigi, y dile que venga con la motocicleta.

—Bien. ¿Tenemos que ir contigo?

Carlo, que ya estaba vestido, metió la mano en el bolsillo del pantalón, apretando la pistolita que le había quitado a Erika.

—No —murmuró—. No, Enrico, ya habéis hecho suficiente. Ve a buscar a Luigi.

—Bueno.

Enrico se marchó. Carlo salió al pasillo de la pensión, fue a los servicios, y se dio unos manotazos con agua en la cara. Luego se peinó con los dedos, abandonó los servicios, y bajó a la planta. La obesa propietaria estaba allí, en bata y desgreñada, tomando café. Sonrió como una jovencita picarona al verlo.

—Buenos días, amore mío —saludó—. ¿Has dormido bien?

—Mejor de lo que esperaba, Mamma Giulia… ¿Cuánto te debo?

—¿Me debes? —Quedó estupefacta la mujer—. ¿Por qué?

—Por dormir en tu pensión, claro.

—¡Carlo Carletti! —Enrojeció la mujer—. ¡Eres un desagradecido y un sinvergüenza! Cuándo te he cobrado yo a ti la pensión, ¿eh? ¿Cuándo?

—Nunca, pero…

—¡Pero narices! Tómate un café, dame un beso, y puedes marcharte… ¡Pero un beso de cariño, no un beso de sinvergüenza!

—Bueno, tengo un poco de prisa, así que…

—¡Tú tomas el café y me das un beso!

Tomó el café, le dio un beso a la gruñona Giulia, que se derretía de gusto cada vez que lo veía, y salió a la calle, todavía riendo. Allí estaba ya Luigi, con su motocicleta. Y Enrico. Y Peppino. Y siete u ocho hombres más, que sonrieron de oreja a oreja al verlo, y alzaron un brazo, saludando a la vez:

—¡Salve, Carlo!

—Salve, napolitanos —correspondió al saludo, sonriendo—. ¿La moto funciona, Luigi?

—Mejor que tu escuela de sinvergüenzas —rió Luigi—. ¡Ya nos ha contado Enrico tu fracaso con Pietro!

—¡Y no es el primero! —rió Peppino.

—¿Qué os pasa? —Gruñó Carlo—. ¿Estáis buscando que os rompa la cara a todos? ¡Dame ese trasto y marcharos a tomar… viento de mar con borrasca!

¡Brum, brum…!, rugió la motocicleta al ser puesta en marcha.

—¡Carlo —oyó cuando se alejaba, calle arriba—, que mi pequeña Angela se me casa el mes que viene! ¡Te esperamos para la boda! ¡Con corbata!

Riendo, Carlo Carletti alzó un brazo, haciendo el gesto del okey con el dedo índice y el pulgar. Luego, dedicó toda su atención a la resoplante máquina en la que cabalgaba. Y con la cual, ciertamente,

era capaz de desplazarse por cualquier clase de terreno.

Quince minutos más tarde, a pleno sol primaveral, estaba detenido cerca de la rocosa playa, contemplando el blanco y hermoso yate que parecía incrustado en las quietas aguas azules. Igual que si estuviera metido en un espejo.

Luego, desvió la mirada hacia la villa. Veía la casa por entre los pinos, cuyo verdor se recortaba contra el cielo intensamente azul. Una casa grande, de tejado rojo y ventanas verdes…

«¿Y si la Nonna no está aquí?», reflexionó sombríamente.

Estuvo un par de minutos pensando. Luego, se acercó a la villa con la moto, y enfiló el sendero, hacia la casa. Cuando paró el motor, todo quedó en, silencio. Un silencio denso, completo, como hecho de sol; todo se veía dorado y verde.

Se apeó de la moto, y caminó hacia la puerta, con la mano en el bolsillo tocando la pistolita. Llamó a la puerta, y mientras esperaba, se pasó la lengua por los labios… Estaba loco. Completamente loco, desde luego.

¿Qué necesidad tenía de complicarse la vida de aquel modo? Para escribir…

La puerta se abrió, y Carlo tuvo que hacer un esfuerzo para no demostrar que conocía al hombre. Era Hans, el asesino de Salerno y sus dos matoncillos de a lira la docena. Un poco más atrás, vio de pronto a otro hombre, al mirar hacia allá atraído por la exclamación de sorpresa del hombre: era el que la noche anterior había estado vigilando a Betty Morantini Power.

—¡Es el del restaurante! —exclamó el sujeto.

Inmediatamente, la pistola de Hans apareció ante las narices de Carlo, que sonrió como si le estuviesen tirando de las comisuras de la boca con unos garfios.

—Hola —saludó—. ¿Le gustó la cena de Tonino?

El hombre se acercó rápidamente, recorrió su cuerpo con ambas manos, y le quitó la pistolita. La miró, parpadeó, y luego se quedó mirando torvamente a Carlo.

—¿De dónde ha sacado esta pistola? —susurró.

—Me la encontré dentro de una *pizza*. ¡Eh, eh, eh, tranquilo, tranquilo…! Nada de violencias: he venido a charlar con inteligencia, no a pelear.

—Es la pistola de Erika —dijo Hans—. ¿No es así, Povosky?

—Creo que sí. Lleva a este hombre al salón… Voy a avisar a Ezio.

Se alejó, por supuesto, llevándose la pistola. Hans movió la suya amenazadoramente, y con la otra mano señaló una puerta. Carlo asintió, y fue hacia el lugar indicado. Entró en el salón, que estaba a media luz, pues las persianas se hallaban entornadas… Hans entró tras él, y se quedó mirándolo con gran curiosidad.

—Éste es un hermoso lugar —dijo Carlo—. Siempre he soñado con tener una villa como ésta. ¿A usted no le gusta, Hans? —preguntó de pronto en inglés.

—Siéntese ahí y cállese. Ya hablará con Ezio.

Carlo Carletti se sentó, miró alrededor, con gesto de turista, y asintió con la cabeza. Volvió a mirar a Hans.

—¿La señora Morantini está aquí? —preguntó.

—Le he dicho que se calle.

—Va bene.

Se calló. Y tres o cuatro minutos después, el llamado Povosky regresó, acompañado no de un hombre, sino de tres. Sin embargo, Carlo dedujo prontamente quién era el que llamaban Ezio, por un procedimiento muy sencillo: uno de aquellos hombres era el dibujante que había ido con Erika a ver a Betty Power: otro, de buena estatura y rostro inexpresivo, no parecía, ni mucho menos, el hombre acostumbrado a dar órdenes. En cambio, el tercer personaje sí que era verdaderamente interesante. Incluso más que Povosky, que completaba el cuarteto.

Medía apenas metro sesenta, era grueso y fuerte, con la cabeza completamente afeitada, y tenía las orejas tan pequeñas que parecía que no las tenía. Sus ojos también eran pequeños, su boca grande, su nariz ancha y gruesa como una patata… Había dos cosas muy llamativas en aquel hombre. Una de ellas, su precioso batín de color escarlata. La otra, sus pequeños ojillos negrísimos, que miraban como si pudiese utilizarlos como taladros.

Y acertó.

Fue este hombre quien se sentó delante de él, encendió un cigarrillo, y tras contemplar a contraluz el humo expelido, miró de modo taladrante a Carlo.

—¿Y usted quién es? —preguntó secamente.

—Me llamo Gepetto. Soy el hombre que estuvo anoche en la

casa de Bruno Salerno antes de que llegasen Erika y Hans y los matasen. Yo me limité a golpearlos. Luego, llegaron Erika y Hans, y los mataron. Yo seguí a Erika y a Hans, vi cómo Erika entraba en el Albergo Roma, y entonces seguí a Hans hasta el muelle. Le vi abordar el Tritone… Volví al hotel, y tuve una entrevista con Erika…

—¿Dónde está ella?

Carlo se pasó la lengua por los labios.

—No va a usted a creerme: se suicidó.

Si esperaba sobresalto o cuando menos sorpresa, se llevó el chasco de su vida. No hubo el menor comentario, la menor reacción.

—¿Y luego vino usted a Capri en busca del Tritone?

—Así es. Me he pasado la noche buscándolo. Y lo he encontrado, ya ve, señor…, señor… ¿Ezio qué, más?

—¿Ha venido solo?

—Sí. Quiero hacer un trato con ustedes. También quise hacerlo con Bruno Salerno, ¡pero él no fue inteligente!

El llamado Ezio se permitió una sonrisita irónica.

—Y usted espera que yo sea más inteligente que Salerno.

—Al menos, parece serlo.

—¿Cuál es su trato?

—Les devolveré las Acciones a cambio de la señora Morantini.

—De acuerdo —aceptó en el acto Ezio—. ¿Ha traído las Acciones?

—No las tengo aún. Pero las tendré muy pronto.

—¿Ése fue el trato que le propuso a Salerno?

—Sí.

—Pues me temo que yo no soy más inteligente que él. Si no hay Acciones, no hay señora Morantini.

—Escuche, señor…, señor…

—Borsaglione —sonrió Ezio.

—Ah, Borsaglione… Qué bien. Escuche, señor Borsaglione, tengo una historia que contarle, pero es tan increíble que usted va a pensar que pretendo tomarle el pelo… Con perdón —sonrió señalando la rapada cabeza de Ezio Borsaglione.

—Cuente su historia —sonrió también Borsaglione.

—Pues verá usted: la señora Morantini vino a proponerme la

otra mañana que yo robase el bolso de…

Cuando la historia terminó, el silencio no pudo ser más completo. Todos miraban fijamente a Carlo Carletti, que los fue mirando uno a uno, y, por fin, musitó:

—No me creen, ¿verdad?

—¿No se le ocurre qué puede haberle ocurrido a su joven amigo, el que se llevó el bolso en la maleta? —preguntó a su vez Ezio Borsaglione.

—No. Pero le conozco bien… Tiene que haberle ocurrido un accidente. Por lo tanto, sólo tenemos que esperar a que, esté donde esté, se recupere lo suficiente para encargar que me llamen. Yo iré a verlo, él me dirá dónde está la maleta, y yo les entregaré las Acciones de la Proquina.

Hubo unos segundos de silencio: Por fin, Borsaglione preguntó:

—¿A qué se dedica usted?

—Soy profesor de sinvergüenzas.

Apareció un breve gesto de pasmo en el rostro de Ezio Borsaglione.

—¿Y eso es un trabajo? —se interesó.

—Cada uno vive como puede. ¿Y ustedes? ¿A qué se dedican? Lo pregunto porque tiene que ser algo muy serio, cuando Erika prefirió suicidarse a caer en manos de la policía o de la CIA.

—¿Usted no es de la CIA? ¿Ni del servicio secreto italiano? ¿Ni de la policía?

—Claro que no. Ya le he dicho lo que soy.

—Profesor de sinvergüenzas —Borsaglione se pasó una mano por la cabeza—. No sé si echarme a reír o matarlo, Gepetto.

—Ríase, hombre: es más sano. Sobre todo, para mí. Y ya que hablamos de salud: ¿cómo está la señora Morantini?

—Ella está perfectamente.

—¿No podría verla? Quizá tenga algún chiste bueno que contarme.

—Le voy a hacer una contraoferta —susurró Borsaglione—. Más que nada, en mi afán por no defraudarle sobre mi superior inteligencia con respeto a Salerno. Usted dice que nos ha contado la verdad, y vamos a suponer que yo la acepto, incluido su disfraz de anciano ratero. Muy bien, aceptado todo. También voy a aceptar que no me haya revelado los nombres de sus amigos que le han

estado ayudando en Nápoles, ni el que le ha prestado la lancha, ni el qué le ha prestado la motocicleta en Capri. Olvidemos eso. Pero dígame el nombre del muchacho que se fue con la maleta.

—¿Para qué?

—Nosotros lo buscaremos. Cuando lo encontremos, le pediremos la maleta en nombre de usted. Y si dentro están las Acciones, usted y la señora Morantini podrán marcharse. ¿Cuál es el nombre de ese muchacho?

Carlo Carletti sonrió, al mismo tiempo, sus ojos parecieron congelarse. No dijo nada. Y por supuesto, Ezio Borsaglione interpretó con toda exactitud su gesto.

—No sea estúpido —susurró—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Pasar un mal rato?

—No pienso variar mi trato en absoluto: primero, salgo de aquí con la señora Morantini. Luego, busco a mi amigo, le pido la maleta, y se la entrego a ustedes. No acepto nada más.

—¿Lo mato? —preguntó Hans.

—No —negó Borsaglione—. Pero dadle una buena lección, para que tenga una base para reflexionar.

Hans se guardó la pistola, sonriendo, y se adelantó hacia Carlo Carletti. Lo mismo hicieron los demás, mirándole fijamente, con cierta sorna.

Se puso en pie, se frotó las manos, y dijo:

—Bueno… ¡Vamos a hacer un poco de karate, señores!

CAPÍTULO VIII

Cuando despertó, su primera impresión fue la de que estaba flotando en una nube. Pero pronto comprendió que no podía ser eso, ya que veía un techo sobre él. Se movió, lanzó un gemido, y volvió a su posición anterior… Le parecía que estaban clavando unos cuantos cientos de clavos en sus huesos.

Un rostro conocido apareció por encima del suyo.

—Señor Carletti… ¡Cuanto lo siento!

Allá estaba la señora Morantini. Pero… ¿qué era lo que sentía? ¿Acaso los habían matado a los dos y se habían reunido para emprender juntos el viaje al más allá?

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Está en una habitación de la villa. Le han traído conmigo para que le convenza de que debe hacer lo que ellos quieren.

Carlo no contestó. Se había dado cuenta ya de que estaba tendido en una cama. Se incorporó, cuidadosamente, mordiéndose los labios. Entonces, vio a Hans, cerca de la ventana, sentado en un sillón, mirándole irónicamente, lo cual no parecía encajar muy bien con su nariz hinchada y el cruzado de esparadrapo que llevaba sobre una ceja, Ah, sí: el karate… Había hecho un poco de karate, desde luego, pero la lógica se había impuesto. A partir del momento en que había recibido el golpe en los riñones y había caído de rodillas sin aliento, ya no recordaba nada más.

Consiguió sentarse en la cama. Luego, se puso en pie, vio la puerta del cuarto de baño, y se metió allá. Cuando se vio en el espejo soltó un fuerte respingo ¡Por la Madonna…! ¿Qué se había hecho de su despampanante belleza física? Tenía la cara amoratada y llena de costras, de sangre, un ojo medio cerrado, y la nariz convertida en una berenjena rechoncha. Y, desde luego, le dolía

todo el cuerpo.

Metió la cabeza bajo el grifo, se limpió las manchas de sangre seca, y volvió a mirarse. Algo había ganado, pero poco.

—Me está bien empleado —reflexionó—, por querer hacer las cosas con tanta meticulosidad y verismo.

Se peinó, volvió al dormitorio, y miró a Hans.

—¿Usted no me daría un cigarrillo?

—No.

—Gracias.

—De nada —replicó sarcásticamente Hans.

Carlo fue a sentarse en el borde de la cama, y miró a la señora Morantini, que parecía una figura de sonrosada porcelana colocada en una sillita, ante él.

—¿Sabe algún chiste nuevo, Nonna?

—Señor Carletti, si supiera cuánto lo siento... ¡Me pareció una cosa tan sencilla...! Creí que había tenido una buena idea para evitar que mi nieta se convirtiera en una ladrona.

—Lo hecho, hecho está. ¿Se le ocurre algún modo de convencerme para que acceda a las pretensiones de esta gente?

—No... No pienso convencerle, porque de todos modos, nos matarán. Son todos unos asesinos, señor Carletti.

—Reconfortante revelación —musitó Carlo—. Cuente, cuente, ¿qué más cosas sabe usted?

—Son mercenarios. Se lo oí decir al otro, al de Nápoles...

—¿A Salerno? ¿Uno alto, guapo, de unos cuarenta años...?

—Si, a ése. Primero, me llevaron allí, pero luego algo pasó que los alarmó, y me trajeron aquí.

—¿Quién la secuestró?

—Uno de los hombres que hay aquí. Oí que le llamaban Lucio. Me engañó, me metió en un coche, y me dijo que si no quería que matasen a Betty.

—¿A quién?

—A mi nieta... Dijo que si no quería que la matasen, tenía que ir con él. Fui a la casa de ese Salerno. Y allí, escuché lo que él hablaba con otros dos hombres, refiriéndose a estos de la villa en Capri.

—Evidentemente, convenía de todos modos matar a Salerno y sus dos desgracias humanas, pues sabían demasiado, y, lo peor, se habían complicado la vida. Así que los mataron para que nunca

pudiesen decir nada a nadie sobre Ezio Borsaglione y los otros que hay aquí… ¿No es así, Hans?

—Claro —sonrió Hans.

—Qué listo soy —murmuró Carlo; miró de nuevo a la anciana—. ¿Qué les oyó usted decir a Salerno y a los otros dos?

—Hablaban de estos hombres, y decían que eran mercenarios. Por lo que entendí, hacía tiempo que Salerno estaba en tratos con ellos: les vendía virus y gases.

—Les vendía…, ¿qué?

—Virus y gases letales que fabrican clandestinamente en la Proquina. Estos hombres son mercenarios que se alquilan para cometer asesinatos y provocar guerras. Su jefe, ese de la cabeza afeitada.

—Ezio Borsaglione —murmuró Carlo.

—Pues ese hombre, Borsaglione, dirige un grupo de mercenarios. Los han contratado ya varias veces, en especial para provocar conflictos en África. Entonces, Borsaglione compraba los virus a Salerno, y los lanzaban sobre el país que debían atacar, según el contrato que habían firmado. Salerno decía que Borsaglione era muy listo, porque en lugar de comprar armas, y complicarse la vida organizando un ejército de mercenarios corriente, terminaba muy pronto el asunto con los virus y gases. Ya lo han hecho dos o tres veces…, y precisamente, en estos días se disponían a volver a hacerlo. Así que Borsaglione vino a Italia a pedirle más virus a Salerno, y éste le dijo que no podía fabricarlos, porque ya no dirigía la Proquina, que había pasado a manos de los americanos. Entonces, Borsaglione le dijo que se las arreglase como quisiera o pudiera, pero que tenía que recuperar el control de la Proquina y servirle los virus antes de un mes. Dejó con Salerno a Lucio, que es el que me secuestró, y se vino aquí, a esperar a ver qué hacia Salerno. Y no sé nada más, salvo que de pronto parecieron alarmarse, y Lució me trajo aquí, dejando solos a Salerno y a los otros dos.

—No. Eran tres. Había un sujeto feo, bajo, con verrugas…

—A ése no lo vi.

—Tampoco lo he visto por aquí… Bien, ¿qué importa? Al parecer, nuestra suerte está echada. Pero, señora Morantini, veamos si lo he entendido bien. Dice usted que Borsaglione y sus amigos

son mercenarios que en lugar de tener un ejército armado a disposición de quien les pague, son un grupo reducido, que utilizaban gases y virus… Esto es, que de aquí a un mes, si todo hubiese seguido igual en la Proquina, ellos habrían dispuesto de una cierta cantidad de virus. Con ello, habrían ido a África, y, siguiendo las órdenes recibidas de sus patrocinadores, hubiesen… habrían lanzado esos virus sobre… sobre todo un país, con lo que las consecuencias habrían sido mucho peor que las que se derivarían de una guerra corriente, con armas convencionales… ¿Es eso?

—Sí, sí… Así, Borsaglione tiene pocos hombres, pocos gastos, pocas complicaciones… No tiene que comprar armas, ni avituallamientos para gran cantidad de hombres, cuyo movimiento hacia uno u otro país siempre llama la atención, es advertirlo… Se llevan los virus en un avión, o en un helicóptero, y los dejan caer sobre el país que debe ser atacado, y que en menos de veinticuatro horas queda a merced de los que han pagado a Borsaglione… Algo así.

Carlo Carletti notaba frías las manos, y el rostro. Debía estar soñando, claro… ¿Era posible aquello? Miles y miles de personas afectadas por virus que posiblemente acabarían por ocasionarles la muerte con grandes sufrimientos. Y ya lo había hecho dos veces anteriormente. Y se disponía a hacerlo antes de un mes… ¿Qué virus podían ser? ¿Cólera, tifus, peste…? Todo un país, invadido por la peste, por ejemplo… ¿Y qué podía impedir que esa peste pasase luego al país vecino, y luego a otro, y a otro, ya otro…?

—No es posible —jadeó—. ¡No es posible una canallada de esa envergadura! —Hans, se volvió a mirarlo—: ¿Eso es cierto?

—Será mejor que piense en usted, no en unos cuantos asquerosos negros.

—¿Es cierto?

—Claro que sí, hombre —sonrió Hans—. Un profesor de sinvergüenzas no tendría que sorprenderse tanto, ni escandalizarse.

—Profesor de sinvergüenzas… Santo Dios, lo que soy yo es un pobre infeliz, comparado con ustedes. Además, lo de profesor de sinvergüenzas…

Hans dejó de escucharlo, de pronto. Se puso en pie, y se acercó a la ventana… Estaba dando el segundo paso cuando se volvió, con una expresión de alarma en el rostro, temiendo que su brevísimo

descuido pudiera ser aprovechado por Carlo para atacarle.

Y estaba en lo cierto.

Cuando se volvió, Carlo Carletti estaba ya en el aire, en un largo salto paralelo al suelo que lo acercaba velozmente al criminal mercenario. Con un grito de sobresalto en los labios, Hans, intentó esquivar el choque, al mismo tiempo que sacaba rápidamente la pistola. Pudo disparar, y pudo apartarse…, pero ambas cosas resultaron infructuosas: el disparo pasó por encima de Carlo, y el salto no llegó a ser lo bastante largo para esquivar la acometida del napolitano, cuya cabeza chocó contra su costado derecho, mientras los brazos se cerraban en torno a su cintura.

Con la violencia del impacto, ambos fueron a chocar contra la pared, al pie de la ventana. Hans quedó sentado, y Carlo ante él, de bruces, pero reaccionando tan velozmente que Hans no pudo volver a disparar. Ni siquiera supo realmente lo que ocurrió, lo que ocasionó su muerte. Eso sí, lanzó un espantoso alarido cuando dos dedos de la mano derecha de Carlo Carletti, rígidos como si fuesen de piedra, se hundieron en sus ojos; El dolor fue tan intenso que soltó la pistola, y llevó las manos al rostro, aullando…, hasta que el golpe de Carlo con el canto de la mano le acertó justo encima de la sien izquierda. Entonces, Hans emitió un fuerte ronquido, su boca se desencajó aún más, y cayó de lado, muerto fulminantemente.

Carlo recogió la pistola, y se puso en pie, mordiéndose los labios para no gritar el dolor que sentía en todo el cuerpo. Miró a la señora Morantini, que le contemplaba con los ojos desorbitados, lívida, rígida.

—No se mueva de ahí —jadeó Carlo.

Se colocó ante la ventana, para mirar hacia el jardín, y vio lo que había llamado la atención de Hans. Sin duda, había oído el sonido de los motores de aquellos tres coches que, precisamente entonces, se detenían delante de la casa.

—Estamos perdidos —farfulló—. Si en esos coches vienen más mercen… ¡Santíssima Madonna! ¡Es el inspector Melli! —Abrió la ventana rápidamente, y se asomó—. ¡Insp…!

En aquel mismo instante, el inspector Melli, que se había apeado rápidamente de uno de los coches, lanzaba un aullido, y saltaba hacia atrás, para caer sentado, Inmediatamente, rodó a toda prisa por el suelo, hasta desaparecer por debajo de uno de los coches,

mientras gritaba:

—¡Nos están disparando! ¡Atención todos, rodeen la casa, y disparen a matar si!

Carlo Carletti ya no pudo oír nada más, porque salía del dormitorio a toda velocidad… A tanta velocidad, que en el pasillo se dio de mano a boca con Lucio, que llegaba gritando algo que no pudo entender…, y que por otra parte, no le interesaba en absoluto.

En el choque, salió perdiendo Carlo, que cayó sentado. Pero su sorpresa fue mucho menor que la de Lucio, y antes de que éste tuviera tiempo de reaccionar, Carlo alzó la pistola, y disparó.

Plop.

Por un instante, vio el pequeño agujero en la frente de Lucio, cuyos ojos parecieron querer mirarse uno al otro, mientras saltaban hacia atrás y caía rodando escaleras abajo… Carlo se puso en pie de un salto, y llegó al borde del tramo que conducía a la planta baja y por el cual ascendía a toda prisa Ezio Borsaglione, seguido por los otros dos hombres. Lo vieron todos a la vez, pero, mientras los otros dos se apresuraban a retroceder y a tirarse al suelo. Ezio Borsaglione lanzó una imprecación, y alzó la mano derecha, con la pistola…

Plop, disparó Carlo.

Borsaglione lanzó un berrido, soltó la pistola, para llevarse las manos al vientre, y cayó rodando por los escalones. Al llegar abajo se puso en pie como si tuviera un resorte, y sus ojos desorbitados se clavaron en Carlo Carletti.

Plop, volvió a disparar éste.

Al mismo tiempo, oía el zumbido de varias balas que pasaron rozando su cabeza, y se echó hacia atrás, cayendo nuevamente sentado. Se tendió de bruces, y apuntó con la pistola hacia la escalera, esperando la aparición de alguno de los hombres que quedaban. Pero no subían… Oía sus pasos abajo, cada vez más amortiguados…

Una voz aún más lejana, más amortiguada, llegó hasta él:

—¡Por la parte de atrás! ¡Están saliendo por la par…!

La voz de aquel hombre quedó ahogada por un nutrido tiroteo, y algunos gritos de dolor llegaron a oídos de Carlo… Luego, de pronto, el silencio. Un extraño y completísimo silencio, que duró ocho o diez segundos.

Finalmente, otra voz:

—¡Cuidado, puede que todavía estén vivos…!

Abajo, la puerta de la casa crujió al recibir varios balazos, y luego fue arrancada.

—¡Carlo! —Llegó la voz del inspector Melli—. ¡Carlo Carl…!

—¡Aquí! —gritó Carlo—. ¡En el piso de arriba, inspector!

Oyó las pisadas de varios hombres en las escaleras, pero no quiso aceptar la evidencia de que se trataba de Melli, y siguió apuntando la pistola hacia allí. Apareció la cabeza de Melli, el cual respingó sobresaltado.

—¡Soy yo, Carlo! —gritó.

Carlo Carletti suspiró profundamente, y dejó caer la pistola, relajándose.

—Por supuesto que es usted —aceptó—: nadie en el mundo tiene las orejas tan grandes.

CAPÍTULO IX

Betty Morantini Power apareció por la comisaría napolitana donde el inspector Melli prestaba sus servicios cuando ya éste y Carlo habían aclarado todo el asunto, sobre el cual, Melli, a pesar de que durante el viaje lo habían definido sin lugar a dudas, todavía no parecía dispuesto a darle completo crédito.

—¡Abuela Stefanía! —exclamó la bella pelirroja.

El inspector y el profesor de sinvergüenzas contemplaron el abrazo de abuela y nieta, mientras Carlo mascullaba:

—Aquí tenemos a la chivata.

—¿De qué te quejas? —Gruñó Melli—. Si ella no me hubiese avisado, y yo no hubiese obligado a Filippo a decirme que estabas en Capri, y allá hubiese buscado la barca de Enrico, y hubiese obligado a Enrico a decirme adonde habías ido, quizá a estas horas estarías muerto. En realidad, le debes la vida a la señorita Power.

—¡Pues sí que he hecho el gran negocio! —masculló Carlo—. ¡Le debo la vida a una mujer pelirroja, americana, y que además no tiene sentido del humor! ¿Puedo marcharme?

—No.

—Maldita sea… Oiga, inspector, son casi las ocho de la noche, no he comido, estoy hecho un cromo que da pena… ¿Qué más demonios quiere usted de mí?

—Quiero que dejes de ser profesor de sinvergüenzas.

—¡Pero qué profesor de sinvergüenzas ni qué…! ¡Usted es tonto, demonios!

—Carlo… —amenazó Melli.

—¿Cómo es posible que aún no se haya dado cuenta? ¡Me estoy haciendo papilla para llevar a esos muchachos por el buen camino, y usted venga a fastidiarme todos los días con su manía del

cartelito!

—¿Cómo que te estás haciendo papilla para llevar a esos muchachos por el buen camino? ¿Es llevarlos por el buen camino enseñarles a hacer timos y toda clase de granujadas?

—¡Pero qué timos ni granujadas, hombre…! Lo que hago yo, con el cuento de convencerles de que hay que ser un sinvergüenza de los finos, es obligarles a estudiar toda una serie de cosas útiles… Sólo entonces les enseño algunas granujadas, que, por otra parte, no está de más que los muchachos conozcan, por si quieren pegársela a ellos… Pero para cuando les enseño las granujadas, ya he conseguido que les guste estudiar, y entonces me dicen que muy bien, que ya serán granujas finos, pero que mientras tanto, quieren saber más cosas de las que yo les he enseñado, y se van a una escuela, o a una universidad, y se convierten en chavales que da gusto verlos, y se olvidan de su interés por ser sinvergüenzas. Luego, se dan cuenta de mi jugada, y vienen a verme, me regalan una botella de Valpolicella, y nos reímos de mi granujada al engañarlos, y son amigos míos para toda la vida…

—Me estás… tomando el pelo… —jadeó Melli.

—¿Sí? Bueno, pues si usted estuviese menos ofuscado con mi cartelito, se habría dado cuenta de que tengo ya a un sinvergüenza estudiando no sé qué de ingeniería, a dos que van a ser técnicos de televisión, otro que quiere ser contable, porque dice que le chiflan los números, otro que está haciendo uno de esos cursillos de máquinas electrónicas, dos que quieren ser médicos… Y el hijo de Enrico, el pequeño Pietro, ¿me oye?, quiere estudiar todo eso de la técnica de los mercados… ¿Se entera? ¡Usted es un maníaco de los cartelitos, hombre!

Stefanía Morantini escuchaba sonriente las irritadas palabras de Carlo Carletti, pero su nieta y el inspector Melli estaban como petrificados.

—Pe…, pero yo… yo sé que te metes en líos, y que… que haces granujadas…

—Pues sí. Algunas hago, para engañar a los muchachos, pero la mayoría son preparadas con mis amigos de más edad. ¡Y como usted se chive de esto en mi clase, le rompo esas orejas de murciélago con que el diablo le castigó! ¿Lo entiende?

—Pe… pe… pero… si no vives de tus sinvergonzadas…, ¿de qué

vives?

—Del cuento.

—¿De qué?

—¡De los cuentos que escribo para revistas! ¿Por qué se cree que vivo entre granujillas? Me meto de lleno en la salsa de la delincuencia, y luego, escribo relatos verídicos de las granujerías napolitanas… ¿No ha leído usted ningún cuento firmado por un tal Domenico Domenici?

—Oh, sí —sonrió Melli—. ¡Son unos relatos estupendos, que todos leemos en la comisaría, porque…! —Su rostro se desencajó de pronto, y sus ojos se desorbitaron—. ¿Tú eres Domenico Domenici?

—¡Claro que soy Domenico. Domenici!

—Bue…, bueno, yo… yo no sabía… Es que…

—¡Váyase a la porra!

¡Blam!, batió la puerta del despacho de Melli, tras el enfurecido Carlo Carletti.

—Salió a la calle, metió las manos en los bolsillos, y miró a ambos lados, como si no supiese dónde estaba. Por fin, soltó un bufido, dio un paso…

—Señor Carletti…

Se volvió. Betty Power estaba preciosa, ciertamente.

—¿Qué demonios quiere usted? —graznó Carlo.

—¿Puedo acompañarle?

—Ésta es buena —se pasmó Carlo—. ¿A mí? ¿Para qué?

—Es que acaba de llamar Gino Spezato al inspector Melli. Sabía que estaba usted aquí; y quería decirle que lo espera.

—¿Gino me está esperando? —saltó Carlo—. ¿Dónde…?

—En su casa. Y…, y si le parece bien, pues… iré con usted, para hacerme cargo de las Acciones…

—Ya. Claro… Bueno, está bien. Acompáñeme. ¡Pero nada de parloteó, ¿entiende?! ¡Y como se le escape una sola palabra de mi truco delante de Gino, se las va a cargar! Tengo al muchacho casi convencido de que sería una buena cosa estudiar para maestro, y a lo mejor sale algo bueno de ahí. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Bueno. Pues camine a mi lado, eso es todo.

Tardaron siete minutos en llegar al apartamento de Carlo. Y en efecto, Gino Spezato estaba allí, sonriente, pero se quedó mirando

con cierta expectación a Carlo Carletti, que a su vez lo miraba con cara de malísima uva.

—¿Estás bien, Gino? —preguntó amablemente, sin embargo.

—Oh, sí… Muy bien, Carlo, gracias.

—¿No has tenido ningún accidente, ni nada…?

—No, no —sonrió el muchacho—. Pero no sabía que me buscabas, así que me fui a pasar el fin de semana a Roma, con una chica amiga mía —guiñó un ojo—, que se ha comprado un coche.

—¿Has pasado el fin de semana en Roma? ¿Divirtiéndote?

—Sí, sí… ¡Ya lo creo!

—Pero maldita sea tu estampa —aulló Carlo—. ¿Qué necesidad tenías de llevarte la maleta a Roma? ¿No te dije…?

—Pero si no me la llevé a Roma, Carlo.

—¿No? ¿Dónde la dejaste?

—Aquí, en tu apartamento. En su sitio, en la parte alta del armario… ¿No la tienes siempre allí?

Carlo Carletti estaba rojo como un tomate.

—¿La maleta ha estado todo el tiempo aquí?

—Claro. Vine a traértela, porque me encontré con esa muchacha, y me dije que no hacía falta ir a mi casa a esperarte. Vine aquí, entré…

—¿Cómo entraste?

—Pues abriendo la puerta con un alambre, como tú nos enseñaste… Dejé la maleta, y me fui a Roma. ¿Qué te ha pasado en la cara, Carlo? ¿Te has peleado con alguien?

Carlo Carletti se dejó caer en una de las sillas de su aula para sinvergüenzas, y se pasó las manos por la cara. Estuvo así algunos segundos. Por fin, alzó la cabeza, y miró al preocupado muchacho.

—Apártate de mi vista —masculló—. ¡Pero mañana te quiero ver aquí, como siempre!

—Sí, Carlo… ¡Hasta mañana! —se despidió Gino, escabulléndose rápidamente.

Carlo Carletti suspiró, miró a Betty Power, y frunció el ceño.

—¿Y usted de qué se ríe? —Gruñó.

—Oh, pues… Bueno, simplemente, estoy contenta porque voy a recuperar las Acciones, y podré devolvérselas al señor Granger. Por cierto que se va a poner muy furioso… ¿No querría usted acompañarme, para apoyar toda mi explicación, señor Carletti?

Carlo abrió la boca, con gesto agrio, pero varió inmediatamente de actitud.

—Está bien. Pero no lo hago por usted, sino por su abuela. ¡Santo cielo…! ¡La olvidamos en la comisaría! Mmm… Se me está ocurriendo una cosa: podemos llamar al inspector Melli, y decirle que venga con nosotros a ver al señor Granger. A él tendrá que creerle… ¿Qué le parece la idea?

—Muy buena —rezongó Betty—. Oh, sí, muy buena… Iremos los cuatro juntitos. Porque digo yo: ¿Por qué no llevar también a mi abuela, para que conozca al señor Granger y éste a ella?

—A eso le llamo yo mejorar las ideas. Ahí tiene el teléfono: llame a Melli mientras yo voy en busca de la maleta.

Se fue a su dormitorio, abrió el armario, y, en efecto, allá estaba la maleta. Refunfuñando, la bajó, la puso sobre la cama, y la abrió. Sacó el bolso de Betty, lo abrió, y se quedó mirando el fajo de Acciones.

—Papeluchos… ¡Papeluchos!

Hizo un nudo con los extremos cortados de la tira de piel y salió del dormitorio. Betty Power estaba colgando el auricular cuando se reunió con ella.

—¿Qué? —se interesó Carlo, colgándole el bolso de un hombro —. ¿Vienen?

—Claro que vienen —refunfuñó Betty.

—Estupendo. Así iremos en el coche de ese orejudo.

* * *

—Ahí es —señaló Betty.

El inspector Melli detuvo el coche delante del chalé, paró el motor, y se apeó. Abrió la puerta de atrás, y ayudó a Stefanía Morantini, que había ido atrás con su nieta. Carlo se apeó del asiento contiguo al del conductor, y se acercó a la anciana.

—Y si ese tipo se pone tonto, le contamos un chiste… ¿Qué le parece, Nonna?

—Es una buena idea —rió la anciana, tomándose de su brazo.

Se fueron, en pos de Melli y de Betty, que no parecía de muy buen humor. Cuando llegaron junto a ellos, Melli ya había llamado a la puerta, y estaba diciendo:

—Esperemos que el señor Granger sea comprensivo, señorita

Power. Porque a fin de cuentas, usted le robó las Acciones, y si él se empeñase, en hacer una denuncia, lo iba a complicar todo… para usted.

—No creo que el señor Granger haga eso, la verdad.

—Entonces —empezó Carlo—, ¿para qué venimos nosotros? Si ese caballero…

La puerta se abrió, y apareció un hombre, con gesto expectante. Al ver a Betty se sorprendió, pero sonrió en seguida…, mientras Carlo Carletti se quedaba estupefacto contemplando a aquel hombre bajo, gordo, feo, con lentes de gruesos cristales y con dos verrugas en la barbilla.

—Señorita Pow…

—¡Atiza! —aulló Carlo—. ¡El tío feo de las verrugas!

La miope mirada de Harold Granger pareció saltar hacia el profesor de sinvergüenzas, y en el acto, el hombre palideció intensamente. Acto seguido, dio un paso atrás, y lanzó la puerta con fuerza, para cerrarla… La puerta rebotó en un pie de Melli, que miró desconcertado a Carlo, mientras dentro de, la casa se oían rápidas pisadas alejándose.

—¿Qué tío de las verrugas?

Carlo lo apartó de un empujón, y entró en la casa lanzado a toda velocidad. Por puro instinto, corrió hacia la cocina, y, en efecto, el sujeto de las verrugas se disponía a saltar por la ventana. Carlo llegó junto a él, y le asió por el cuello de la chaqueta.

—Ah, no, amigo… ¡Esta vez no se me escapa…!

—¡Suélteme! ¡Suélteme, cab…!

¡Pom!, sonó el puñetazo de Carlo en el vientre de Harold Granger. Éste se quedó sin aliento, y Carlo blandió el puño ante sus miopes ojos.

—Supongo que quería decirme cab… allero, ¿verdad? Pero por si era otra cosa, ahí va eso.

¡Pom!, volvió a resonar el puñetazo, en el mismo sitio. El norteamericano volvió a gemir, y habría caído de no sujetarlo Carlo con más fuerza. Lo mantuvo en pie con una mano, y al volverse hacia la puerta de la cocina, vio allí a Melli, mirándole todavía atónito.

—Pero… ¿qué estás haciendo? —farfulló el policía.

—Estoy dialogando con el señor Granger, que tenía prisa por

hacer un viaje, pero ha desistido de ello… ¿verdad, señor Granger?

Betty Power apareció por detrás de Melli, y lanzó una exclamación al ver el estado en que se hallaba su jefe y compatriota. Se abalanzó hacia él, demudada.

—¡Señor Granger…! —Miró de pronto a Carlo, furiosa—. ¿Qué está haciendo? ¡Es usted un bruto, un salvaje, un…!

—¡Váyanse todos al cuerno! —estalló Carlo, empujando a Granger a los brazos de Melli—. ¡Aquí tiene a esta escoria humana, y pregúntele qué hacía anoche en compañía de Bruno Salerno! En cuanto a mí, estoy harto de todos ustedes, así que… ¡buenas noches!

Y se marchó.

ESTE ES EL FINAL

—… Por lo tanto, insisto: nada de raterías insignificantes que, en definitiva, reportan poco beneficio y mucho riesgo. Hay que tener estilo, clase, elegancia. Sobre todo, precisamente, para ser un buen sinvergüenza. Bueno, para mañana me traéis un estudio sobre lo que hemos hablado esta mañana de Geografía Económica Nacional. Hay que saber siempre qué terreno pisamos, muchachos. La clase ha terminado.

Los aprendices de sinvergüenzas se pusieron en pie, comenzaron a charlar, a gritar, a reír, mientras abandonaban el aula…, cruzándose con el inspector Melli, al que miraron de reojo, con cierta prevención, al mismo tiempo que se apresuraban a poner tierra de por medio entre él y ellos.

Melli se sentó en uno de los pupitres, y encendió un cigarrillo.

—El tío de las verrugas —dijo— estaba en combinación con Bruno Salerno. Resulta que Bruno Salerno fue a verle para proponerle la venta de las Acciones, pero, como el tío de las verrugas no podía venderlas, le hizo a su vez otra proposición: Salerno se encargaba de amenazar a Betty Power con matar a su abuela si no robaba las Acciones para él, con el fin de destruirlas, y así Salerno volvía a tener mayoría indiscutible, pues sólo existirían sus Acciones de la Proquina y podría seguir fabricando porquerías de ésas. Granger simulaba que no se daba cuenta de nada, de modo que la señorita Power pudo robarle las Acciones, que irían a parar de todos modos a manos de Salerno. A cambio de esta granujada, Salerno le habría dado a Granger cien mil dólares. Y con ese dinero, Granger habría vuelto a Estados Unidos, pues no le gusta Italia…

—Vaya un majadero —masculló Carlo—. Y supongo que se quedaría tan tranquilo, pues nadie podría acusarle a él de nada. En

cambio, la señorita Power cargaría con las culpas del robo.

—Exacto.

—¡Y yo me creía un sinvergüenza…! ¡Je! ¡Soy un niño de pecho, al lado de ciertas personas!

—Te he traído un regalo —murmuró Melli, sacando un paquete alargado de debajo de la chaqueta.

—Sapristi…

Carlo se acercó, tomó el paquete, y lo abrió. Se quedó estupefacto, porque el contenido era un cartel precioso, con letras doradas que decían:

CARLO CARLETTI Catedrático de sinvergüenzas

—Carambolas —sonrió—. ¡Me ha ascendido! Esto es…

Melli ya no estaba allí. En cambio, estaba Betty Morantini Power, de pie, mirándole fijamente, iluminada por el resplandor del sol que inundaba el aula.

—Buenos días, señor profesor —murmuró.

—La clase ha terminado, joven, sí es que eso le interesa —masculló—. Además, ahora soy catedrático.

—Tanto mejor —susurró ella acercándose—. Y en efecto, me interesa tomar clases para sinvergüenza.

—Pues vuelva mañana.

—Es que… yo quisiera… clases privadas… Las pagaré bien. Con tal de…

—¡Carlooo…! —Se oyó un vozarrón de Filippo, acercándose—. ¡Maldito seas, has arruinado mi vida, me has destrozado, me has hecho polvo con tus…! ¡Ah, estás aquí! —Apareció Filippo, con los ojos poco menos que fuera de las órbitas—. ¡Maldito seas tú y tus geniales ideas referentes al cochino de Teobaldi…!

—Cálmate, hombre —apaciguó Carlo—. ¿Qué pasa? ¿Acaso el gorrino de Teobaldi no le ha causado repugnancia a tu suegra?

—¡Pero qué repugnancia ni qué…! ¡Mi suegra dijo que de eso nada…, y ella ha dormido con su hija y a mí me ha hecho dormir con Teobaldi!

Carlo Carletti se quedó petrificado. Luego, de pronto, se echó a reír como un loco. Filippo parecía a punto de abalanzarse a su cuello, pero comenzó a sonreír, y poco después reía con las mismas ganas que Carlo Carletti, contemplados ambos por la enfurruñada

Betty.

—¡Ay, mi madre! —reía Filippo—. ¡La verdad es que ha estado bueno…! ¡Pero… je, je…, maldito seas si no me buscas un truco… para… je, je…, echar a esa bruja de mi casa…!

Betty Morantini tomó el flamante cartel obsequió de Melli, y lo puso en las manos de Filippo, que la miró sorprendido.

—Veamos si es usted un buen napolitano, Filippo: ¿querría colgar este cartelito afuera…, y no volver por aquí…, de momento?

Filippo miró el cartel, miró a Carlo, miró a Betty, volvió a mirar el cartel, soltó una risita, y salió del aula. Betty le echó los brazos al cuello a Carlo, y musitó:

—Mi padre se quedó con una italiana, y yo te ofrezco la oportunidad de quedarte con una americana… ¿Qué dices?

—Pues digo… que yo soy muy vengativo…

—¡Viva la venganza napolitana! —ofreció Betty sus labios.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…